

*un*  
**ANHELO**  
*de*  
**LIBERTAD**







**UN ANHELO**  
*DE LIBERTAD*



# UN ANHELO *DE LIBERTAD*



## ***Un ahuelo de libertad***

Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025

Investigación y elaboración, 2020-2024

### **Coordinadora general**

María Clara Leal Murillo

### **Equipo coordinador**

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

### **Equipo psicosocial**

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

### **Equipo de investigación**

Juan David Quijano Silva

Paula Yuliana Abril Melo

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

### **Equipo de redacción**

Lina Marcela Pérez Arenas

Sofía García Viña

### **Diseño y diagramación**

Lina Marcela Pérez Arenas

Valentina Torres Aguirre

### **Ilustración**

Valentina Torres Aguirre

### **Equipo de difusión y comunicaciones**

María José Ramírez García

Rafael Felipe Barco López

Lina Alejandra Restrepo Guío

Valentina Torres Aguirre

### **Equipo de apoyo institucional**

Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado en Colombia ACOMIDES

### **Otros apoyos institucionales**

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba

Corporación Rosa Blanca Colombia

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Corporación Universitaria Iberoamericana

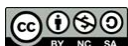
Fundación Universitaria del Área Andina

### **Otros apoyos**

Wayra Manuela Rojas

### **Bogotá, D.C., 2025**

ISBN: 978-628-02-1076-6



**Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0**

**Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0**

# Nota aclaratoria

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.



# CONTENIDO

<b>Capítulo uno:</b> El sí final .....	19
I .....	29
<b>Capítulo dos:</b> Ustedes son hombres de guerra y van a la guerra .....	35
II .....	47
<b>Capítulo tres:</b> La guerra sucia .....	53
III .....	63
<b>Capítulo cuatro:</b> Un secuestro político .....	67
IV .....	75
<b>Capítulo cinco:</b> El bombardeo.....	81
V .....	91
<b>Capítulo seis:</b> Lo alto y lo bajo .....	99
VI .....	109
<b>Capítulo siete:</b> Ellos arriba y nosotros abajo ..	113
VII .....	121
<b>Capítulo ocho:</b> El cajón.....	127
VIII .....	135
<b>Capítulo nueve:</b> Una luz en la selva .....	143
IX .....	151
<b>Capítulo diez:</b> Un pie afuera .....	155
X .....	161
<b>Capítulo once:</b> Mirando las estrellas .....	167
XI .....	177
<b>Capítulo doce:</b> Los años en el limbo .....	183
XII .....	195
<b>Epílogo</b> .....	199



*A mi amada familia.*

*A mi madre,  
quien sufrió cada segundo conmigo  
el dolor de la guerra.*

*A mis hijos,  
por recordarme la magia de la imaginación  
y enseñarme el valor del amor incondicional;  
ustedes son mis pilares y fuente de inspiración.*

*A mi querida pareja,  
por su apoyo inquebrantable  
y por creer en mí cuando yo lo dudaba.*

*Este libro es un tributo a las experiencias  
que hemos vivido.*

*Gracias por estar siempre a mi lado.*



# Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a Pablo Alberto Romero Rico, y a los miembros de su familia; a su querida madre Luz Amparo Rico, a su prima Gloria Patricia Hernández y a su novia Ana María Barrios, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

## Agradecimientos

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

# Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien, en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia de Pablo Alberto Romero Rico sabe que la guerra ha dejado marcas que aún sienten en el día a día. Estar en libertad y tener vida no es solamente dejar de tener cadenas físicas que aten el cuerpo, es también contar con la posibilidad de elegir la vida que se desea vivir y tener las posibilidades para hacerla realidad. Pablo ha visto sesgado su propósito de vida y lucha día a día para encontrar su felicidad.

La historia de Pablo Romero y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

**María Clara Leal Murillo**



# Capítulo uno:

## El sí final

La gente piensa que todo terminó para nosotros el 16 de junio del 2001. Después de tres años metidos en la selva, ese día bajamos del helicóptero y pusimos los pies en Florencia. Allí nos estaban esperando nuestras familias y los periodistas que querían tener la primicia de los veintinueve policías liberados, así hablaban de nosotros en las noticias. Después de eso, todo fue más complejo y también más solitario, otras primicias se posicionaron en el ojo de la opinión pública y con el tiempo el país nos olvidó. Por muchos años la vida se sintió ajena, estar afuera de la selva sin aguantar hambre ni los vejámenes de los que fuimos víctimas fue al mismo tiempo extrañar su silencio y sus paisajes. Después de ese día me encontré a medio camino de todo, intentando explicar el vacío que esos tres años habían dejado en mi hoja de vida.

Los únicos que entendían lo que había vivido eran los muchachos que estuvieron conmigo en el

secuestro. A pesar de los años seguíamos siendo los mismos, esos pelados de dieciocho y diecinueve años que tenían el sueño de ser alguien, de sacar a su familia adelante y de servirle al país. Los mismos que meses después estaban acostados contra el piso de un supermercado en Miraflores con fusiles apuntándoles a las cabezas. Nosotros somos los mismos que atravesamos la selva y la vimos brillar, pero también los que en hileras caminaron con sogas atadas a sus cuellos y durmieron en lo que la prensa colombiana llamó los campos de concentración de las FARC-EP. Sin embargo, la verdadera angustia vino después, cuando no llegó el cambio que esperábamos tener. Al regresar seguíamos siendo jóvenes sin oportunidades. En la selva nos mantuvo vivos la esperanza, el anhelo de volver con nuestras familias. Fuera de ella, la esperanza se convirtió en una cruel realidad: no había trabajo, la Policía ya no nos permitía ejercer, aunque seguíamos siendo aptos, de lo contrario, nos habrían pensionado. Como reparación por esos años, recibimos una pequeña indemnización y apoyo psicosocial insuficiente e indolente.

Siempre he pensado que es extraño el poco apoyo que la institución nos dio, nos hicieron todo más difícil, al final sí llegó la pensión, pero mucho tiempo después. Su apoyo era lo único con lo que contábamos, el lugar donde depositamos nuestra fe y varios años de nuestra vida. Más de diez años después llegó el acuerdo de paz y se estableció una Jurisdicción Especial para la Paz, así como la Unidad para la Atención y Reparación integral de víctimas, sólo que para ellos y para otros, nosotros no somos víctimas. Esta es la razón por la que se escribe este libro, es mi verdad.

En el momento del secuestro éramos policías, un cuerpo armado permanente de naturaleza civil, es decir que cualquier atentado cometido en nuestra contra era condenable. Sin embargo, al estar en Miraflores también ejercíamos funciones sociales con ejercicio militar. Por lo tanto, tras la liberación la reparación que recibimos dependió del juez o magistrado que tomó el caso y como resultado fue desigual e insuficiente. Nuestras familias no son consideradas víctimas de la guerra, a pesar de que vivieron la desaparición de un ser querido y en muchos casos, su muerte. Ni siquiera mi mamá, que estuvo en el Caguán y alzó su voz por nosotros cuando otros ya nos habían olvidado, es considerada víctima. Ella que dejó su casa y atravesó junto al Mono Jojoy<sup>1</sup> en lancha un río para verme. Ella que cargó con cartas y fue puente entre las familias y los policías que estaban secuestrados. Ella que tuvo que ser garante de que nos tuvieran en condiciones humanas tampoco es víctima de la guerra, al menos para los que desconocen nuestra historia o la conocen apenas en la superficie. Aún respiro y camino, para estas personas, las víctimas son los familiares de los muertos o desaparecidos que no eligieron participar de la guerra y el conflicto. Como a mí me dijeron: escoja dónde se va a morir, me tocó responder a estas preguntas y caminar en el limbo solo. La historia es compleja, como se darán cuenta y es difícil organizarla, pero esas son las palabras que no he olvidado hasta el día de hoy. Son también las palabras con las que sentí que no había vuelta atrás, las dijeron en el juramento a la bandera, cuando me gradué de la policía. Tras esa ceremonia varios muchachos se

---

<sup>1</sup> Víctor Julio Suárez Rojas fue miembro de las FARC-EP desde 1993 hasta el 2010. Fue conocido por sus alias: "Jorge Briceño Suárez" o "Mono Jojoy" y por ser el comandante del Bloque Oriental de la guerrilla. Suárez falleció en combate, en un ataque aéreo en el marco de la operación Sodoma de las Fuerzas Militares de Colombia.

fueron a cuidar el plan vial energético porque pagaban una prima extra en dólares. Eran pozos petroleros manejados por gringos, pero era zona caliente, la guerrilla acababa de volar el oleoducto de Coveñas. A mí no me llamaba la atención estar parado noche y día cuidando pozos, entonces me fui por antinarcóticos.

No le conté a nadie que había presentado papeles para la policía. Ya llevaba tiempo trabajando en una carpintería con otro amigo, así que yo mismo me pagué los exámenes y los gastos de incorporación. En realidad, lo que yo quería era ser piloto y me presenté primero a la fuerza aérea, pero en ese tiempo todavía era menor de edad y no me aceptaron. El sueño se quedó ahí, porque hacer carrera de piloto costaba mucha plata. Luego fue que me presenté al ejército y a la policía. Los únicos que se enteraron fueron los muchachos del barrio. Una noche lo hablamos todos, pero eran cobardones, tenían miedo de morirse prestando servicio. Así que todos pagaron libreta, menos mi mejor amigo y yo. Con él fue que nos fuimos a la armada a averiguar todo. Queríamos sentir el uniforme, sostener un arma, hacer polígonos. Además, pasar era matar dos pájaros de un tiro. No había plata para la libreta y sin libreta a uno ya no le daban trabajo. En cambio, en el ejército pagaban 20.000 pesos y en la policía 60.000, eso en 1997 era mucha plata. Y después uno podía quedarse haciendo carrera. Todavía me acuerdo de que la persona que nos recibió en la Armada dijo que íbamos a trotar en el mar, al lado de los atardeceres, pero luego al único que llamaron del ejército fue a mi mejor amigo, en cambio, a mí me llamaron de la policía. A partir de ahí nos separamos y cada uno cogió por su lado.

A mí siempre me ha gustado el poder y el respeto que infunden las armas y el uniforme. La adrenalina, el peligro. Sin embargo, nunca pensé que podía ser un héroe imbatible. Al contrario, sabía que en un combate de esos que aparecían en las noticias, yo era el primero en morir. Pero si uno se pone a pensar detenidamente en la muerte, se da cuenta de que está en todas partes. Como dicen por ahí, uno puede morir hasta cruzando la calle. Por eso no tenía miedo de irme, lo que sentía era emoción, por fin iba a coger un arma de verdad. En ese entonces lo único que había agarrado era una "mata patos" descargada, el arma de un celador que trabajaba en Comfandi.

En mi casa, todo apuntaba a que tenía que irme, menos Katherine, mi novia. No sabía qué iba a decir, pero la decisión estaba tomada, por eso, no le dije hasta que ya no había vuelta atrás. Al principio le tomó por sorpresa, pero no había tiempo para que ella o mi mamá se interpusieran. Así que decidió que me esperaría. Hasta ese momento, mi vida era muy tranquila, tenía mucha libertad en casa, pero las cosas empezaban a complicarse. Mi hermano menor, Jean Paul, acababa de cumplir un año y los gastos empezaban a aumentar. También fue por ese entonces que empecé a discutir mucho con mi mamá, así que de haber querido quedarme, no podía. Como dicen por ahí, el palo no estaba pa' las cucharas.

El día que tenía que incorporarme a la Policía, las dos me acompañaron a Lameda para despedirnos. Todos éramos muchachos, casi todos con sus familias. En las películas, en este tipo de despedidas, la gente siempre aparece llorando. Sin embargo, ese día nadie lloraba, tampoco vi a nadie devolverse o arrepentirse a última

hora, todos subimos a los buses y volvimos a poner un pie en tierra hasta llegar a Cauca, zona roja del conflicto.

La escuela a la que llegamos colindaba con el terminal de Popayán y el aeropuerto. La agente que nos recibió empezó a explicarnos de inmediato lo que íbamos a hacer y a repartir la dotación, para vestarnos sólo quedamos con dos pintas y unas botas. En la dotación venía de todo, pero todo americano. Los calzoncillos eran extremadamente grandes, en uno sólo cabían dos personas, por eso nadie los usó durante todo el tiempo que estuvimos ahí. Lo otro que venía en la dotación era betún porque a las botas había que hacerlas pasar por charol y hacerles la "americana", un brillo especial que se le hace en la punta a la bota. Todos los días revisaban la afeitada, uñas, pañuelo, brillo de la correa, brillo de los zapatos, el fondo y el brillo de las botas. Si no brillaban o si algo estaba mal, tocaba voltear dos veces.

Éramos ciento cincuenta y seis hombres divididos en tres secciones de cincuenta y dos. Empezábamos los días a las cuatro de la mañana, sin calentador y caminando ciento cincuenta metros hasta las duchas que estaban por fuera de las habitaciones. A las cuatro y media nosotros y las camas debíamos estar vestidos y a las cinco nos presentábamos en grupos ante el comandante. El primer día de formación nos advirtieron que si alguien tenía orden de captura o antecedentes debía hablar. Nadie dijo nada, así que el comandante nos mandó a desayunar. La comida era deliciosa, desayunábamos tamal o bistec de hígado, teníamos un menú. Luego regresábamos a la formación y gritábamos tan alto que se escuchaba por fuera de la escuela la oración de la

policía, el código de ética y otra cosa que ya no recuerdo. Los cantos nos daban energía y nos subían la moral. Los primeros días me erizaba al escucharnos cantar al unísono, todos éramos parte de algo más grande. A las seis nos asignaban tareas.

La rutina era la misma todos los días con pequeñas variaciones. En la mañana chupábamos lapicero, derecho penal, constitucional, derechos humanos, primeros auxilios, ética y tiro. En esas clases tocaba aprender sobre el delito de centinela, el tráfico de armas, la ley 30 y toda la teoría de las armas. Desde dibujarlas hasta memorizarse el decálogo de armas. En cambio, en la tarde todo era físico: karate, deporte, fútbol, natación o rugby. Trote animado, lagartijas y otra vez trote. También había una pista de lancero atrás de la escuela, pero esa la hacíamos por hobby, ya no era obligatoria porque muchos habían tenido accidentes allí. Las clases no eran las mismas en todas las tardes, cambiaban todos los días dependiendo del horario asignado en la formación. Como varios chicos y yo no habíamos terminado el bachillerato, estudiábamos en la noche después de comer, de siete y media a nueve. Después, nos íbamos a dormir hasta las cuatro de la mañana del otro día.

A veces en la noche teníamos turnos cortos de vigilancia. En esos turnos siempre me quedaba parado y caminaba de un lado al otro, dando vueltas para no quedarme dormido. Era la práctica que teníamos para cuando estuviéramos en servicio, donde los turnos eran más largos. Si uno se queda dormido o evade su puesto pone en peligro a todos, se llama delito de centinela y le aplica a todo policía o soldado en servicio. Muchos

han pagado cárcel por eso. Hasta las últimas semanas del curso fue que empezamos a manejar armas, primero sin munición para familiarizarnos y luego arme, desarme, arme, desarme y arme y desarme, hasta que por fin nos dejaron disparar. Esa clase se llamaba Polígono, fui el mejor de mi sección.

A las dos semanas de llegar, la SIJÍN entró en la escuela y se llevó a dos pelaos. Estoy seguro de que los dos pensaban que ya habían coronado, pero no, un día simplemente llegaron a llevárselos. Nosotros supusimos que les habían encontrado algo a ellos a su familia, la Policía no podía permitirse tener infiltrados de la guerrilla ni allegados. De todas formas, lo que les importaba era que no se fuera a meter nadie a sacar información, porque al final sí quedaron viciosos y ladrones. Parecía que se reconocían entre ellos y a escondidas se las arreglaban para irse a fumar. Y si uno daba papaya, se desaparecía el betún, el champú y las toallas y entonces, al otro día después de la formación tocaba voltear por no haber lustrado los zapatos. Y eso que a todos nos daban dotación. La cosa paró un poco a punta de pepas de aguacate, manchamos las toallas y así cada uno sabía cuál era la suya, de no ser por eso, supongo que algo nos hubiéramos inventado porque a quién íbamos a llamar por los hurtos, ¿a la policía?

Durante esos meses iba todos los domingos a visitar a mi mamá y a Katherine a Cali. Al salir, tocaba tener cuidado por las pescas milagrosas, las FARC paraba a los vehículos y hacía bajar a la gente, a veces hasta quemaban los buses. La única forma de saber cómo estaba la carretera era preguntándoles a los conductores de los

buses y yéndonos por separado. Irse juntos era dar mucha papaya. Los días de permiso eran los domingos, pero a veces nos daban permiso desde antes y me iba el viernes en la noche y volvía a las seis de la tarde el domingo. Otras veces mi mamá venía hasta Popayán con el niño y me traía almuerzo. En la escuela la comida era buena, los almuerzos eran tipo buffet, a veces había sancocho y bandeja paisa, pero eso no reemplazaba la comida de mi mamá. No hay nada como la comida de casa. Además, después de que a uno le entregaban el arma en el juramento de bandera, por más que el almuerzo estuviera bueno, había mucha zozobra. Si a uno le quitaban el arma, que es un fusil muy grande que no se puede guardar, había una penitencia. Por eso uno tenía que almorzar casi que con el arma debajo de la pierna.

El juramento a la bandera es como una ceremonia de matrimonio, después de ese día uno está casado con el arma, esa es su esposa, hay que cuidarla como a la vida misma. En la guerra, la vida de uno depende del arma y de las balas, en medio de burlas en la escuela nos decían que uno debía tener un cartucho personal en caso de que se terminaran las balas en el combate, pues uno no podía dejarse coger vivo. La vida está en las armas. Ese día, uno le da el sí final a la vida militar, pues después de recibir el arma uno ya no puede irse. Irse es evadirse y evadirse es delito.



# I

*Últimamente se me blanquea la memoria, tengo muchos vacíos, cosas de las que ya no me acuerdo y es Pablo el que las despierta, viene y sorprendido me pregunta si no recuerdo, madre, cómo no recuerda, me dice. Y entonces hablando me acuerdo, me acuerdo hasta de cuando era chiquito, cuando nació. No es que sea uno machista, pero siempre quise que mi primer hijo fuera un varón. En ese tiempo ni siquiera hacían ecografías, se creía que los rayos eran dañinos para el bebé, así que descubrir que era un niño fue una sorpresa que me llenó el corazón de felicidad. Y nació tan aliviado que me quedé aterrada, Dios hace las cosas muy bien hechas. Teníamos poco dinero, así que mi mamá le hacía la ropita en una máquina.*

*Pablo nunca fue un niño al que le gustara el fútbol, prefería quedarse jugando con los carritos que tenía. También tenía que ver el hecho de que la casa en la que vivíamos estaba en el centro de Armenia y al frente había una avenida por la que pasaban busetas. En la casa vivíamos mi mamá, mi hermano, mi sobrina Gloria, Pablo y yo. Era una casa antigua, de madera, un poco grande, en el frente mi hermano tenía el negocio que significaba los principales ingresos: una panadería. En la parte de atrás estaban las habitaciones, en una de ellas dormía junto a Pablo, en otra habitación dormía mi hermano y en otra habitación dormían mi mamá y Gloria. Ella y Pablo crecieron juntos, se la pasaban jugando al frisbee, a la pelota, con cositas para armar y al escondite entre ellos dos. Cuando preparaban tortas en la panadería, los dos se comían los recortes que sobraban de las tortas.*

*No salíamos mucho, mi familia no era de reuniones ni de fiestas. Tampoco teníamos mucha plata ni tiempo, pero cuando podíamos llevábamos a los niños al parque del aeropuerto El Edén y de vez en cuando al parque recreación de Armenia Quindío. Antes de salir empacábamos el almuerzo que casi siempre era: arroz, papa, pollo asado o carne guisada y nos íbamos a sentar un rato mientras los niños jugaban con el balón. Después la situación se puso*

*muy difícil, así que nos fuimos a Cali buscando mejores oportunidades, para ese momento Pablo tenía 9 años. Me acuerdo que al principio me decía que era muy duro, le tocaba madrugar mucho para ir al colegio porque los trayectos en bus eran de cuarenta minutos. En ese momento fue que el país adelantó los relojes una hora y tomamos el horario de Venezuela por la llamada "Hora Gaviria", una medida de emergencia que Colombia tuvo que asumir debido a la crisis energética de 1992. Durante ese año, Pablo y sus compañeros pasaron de entrar al colegio a las siete de la mañana a entrar a las seis. Fue un choque bravo, a diferencia de Armenia, donde los barrios y los destinos aparecían en los letreros de los buses, en Cali las rutas se conocían por colores: amarillo y azul crema o verde papagayo.*

*Sólo pude acompañar a Pablo el primer día que fue al colegio, le enseñé que tenía que coger una buseta amarillo crema, las paradas y el recorrido que tenía que hacer. Después de ese día le tocó hacer el recorrido solito. A diferencia de otros niños, cuando llegaba del colegio, Pablo no veía mucha televisión. No era que no le gustara, pero no tenía oportunidad de desarrollar ese gusto, pues su abuela pasaba todo el día viendo novelas. Así que después de almorzar, Pablo prefería salir a la calle a jugar con los*

*niños de la cuadra, a veces con un balón de baloncesto a los dieciocho pasos y otras veces con canicas o cometas. Así pasaba sus tardes, escapando de la lleva, evitando la cárcel en policías y ladrones y escondiéndose detrás de carros o árboles. En las pocas ocasiones en que el televisor estaba disponible, Pablo disfrutaba de ver Los magníficos, una serie estadounidense muy famosa en aquella época. Cada episodio relataba una nueva aventura de una banda de ex soldados que se ganaba la vida solucionando casos de extorsión que las autoridades sobornadas encubrían. Tal vez de esas tardes viendo Los magníficos nació el deseo de presentarse a la policía.*



*Pablo y su hermano Jean Paul.*



## **Capítulo dos: Ustedes son hombres de guerra y van a la guerra**

La navidad del 97 fue la última navidad que pasé con mi mamá antes del secuestro. El 28 de diciembre viajamos a Bogotá, a la escuela de policía General Santander, en donde hace poco metieron un carro bomba. Allí nos entregaron el armamento y el 29 de agosto ya estábamos en otra escuela, la Gabriel González en El Espinal, Tolima. Allí tomamos un curso que se llama "Jungla", los jungla son un cuerpo élite de la Dirección Antinarcoóticos de la Policía que surgió en 1989 como un grupo policial de choque con características similares a las Fuerzas Especiales del Ejército. En ese tiempo, el encargado de enseñarnos cómo sobrevivir en combate era un hombre entrenado por un "Ranger" del ejército de Estados Unidos, iba a combate con nosotros y nos daba instrucciones, pero irónicamente, también usaba drogas estimulantes. Me acuerdo de que nos bañábamos en un charquito y que en el pueblo no había agua potable.

Vi muchos muertos y heridos por aquel entonces, uno en particular nos dolió mucho a todos. Estábamos en medio del fuego cruzado y un compañero se arrastró para cubrirse de las balas tras el camión que nos trasladaba. Y de repente alguien gritó que teníamos que salir de ahí, entonces el camión dio reversa y le aplastó la cabeza. Yo me imagino que le mintieron a la familia, es muy difícil que la institución acepte que una vida se perdió por un error como ese. Para las familias también es muy difícil conocer qué fue lo que en realidad pasó, pues ellas no ven los cuerpos, los entregan en ataúdes cerrados. No les queda nada más que creer en la historia que les cuentan. En cambio, nosotros vemos todo, los cuerpos en camiones como ese que dio reversa y se llevó la vida de un compañero, los cuerpos en combate, los heridos, la sangre.

Del tiempo que vino después, en la base de Miraflores sólo hubo un muerto. Un muchacho del ejército que se fue a un prostíbulo y allá los milicianos lo descubrieron y lo mataron. Aunque iba armado, no pudo hacer nada. Fue el único muerto que tuvimos hasta el día de la toma. Ese día hubo treinta y cinco muertos. Uno de ellos era cercano a mí, Pérez. Lo encontré herido en una garita, estaba quemado y tenía roto el brazo derecho. No podía verme porque sus ojos estaban estallados, sólo pudo reconocerme por mi voz y entonces me extendió el brazo izquierdo pidiéndome ayuda. Tenía un puntillón que le atravesaba la mano y que me preocupó por un segundo, hasta que me di cuenta de que él no podía sentirlo.

A los heridos nos llevaron a las instalaciones de la antigua caja agraria, Pérez y los demás nos quedamos ahí

hasta que tuvimos que evacuar también esa área. Poco a poco todos salimos, pero Pérez no pudo salir. Estaba en una camilla y sacarlo era muy peligroso porque podían dispararle desde afuera, así que los últimos en salir lo dejaron ahí, esperando que la guerrilla lo respetara por estar herido. Ellos entraron tras lanzar una granada, pero Pérez no murió con la granada, al ver que estaba tendido en la camilla, le descargaron una pistola. Eso fue lo que me contó después un guerrillero durante el secuestro. Pérez estaba en estado de indefensión, sin armamento, como siempre. Él manejaba cosas de oficina como el radio satelital, el esfero y los papeles. Era secretario, siempre pensamos que era un niño de casa, no sé por qué se fue por allá.

Hace poco conocí a la mamá de Pérez, pero no fui capaz de contarle lo que me dijo el hombre de la guerrilla. Ver a las mamás llorando siempre fue muy duro para mí, por eso nunca fui voluntario para cámara ardiente, era una tortura. Es un homenaje para los muertos y las familias, pero es inevitable pensar que la institución lo hace para cumplir y al mismo tiempo, que ese muerto podría ser uno. Tan sólo escuchar la corneta me hacía llorar, es muy duro imaginarse el sufrimiento de los seres queridos.

Antes de dejar El Espinal, hubo un incendio. Cuando todos estábamos dormidos solían hacer simulacros de combate con pólvora y gases, era parte del entrenamiento. Sin embargo, un día al regresar del simulacro nos fuimos a dormir y a la media hora nos levantó el fuego. Las causas fueron mechas de pólvora que quedaron en los cajones. Se quemó la dotación nueva, las motos, la ropa, el alojamiento, todo. A cien metros del incendio to-

avía sentíamos el calor de las brasas. Afortunadamente, no hubo muertos. Sólo un compañero quedó herido por una esquirla.

Al otro día, llegó alguien de la registraduría para sacarnos las cédulas, fue increíblemente rápido. En cambio, la reposición de los uniformes y las municiones se demoró cuatro días. Mientras tanto, andábamos con los converse, jeans y camisetas que nos dieron, fue un simulacro que salió muy caro. Después de eso, el entrenamiento continuó normal. El último día, antes de partir a Miraflores, conocí al general Rosso José Serrano Cadena. La suya es otra frase que no he podido olvidar: "ustedes son hombres de guerra y van a la guerra, algunos no van a volver". Tenía razón.

La llegada a Miraflores fue bastante abrupta, lo único que sabíamos del pueblo es que estaba en zona roja y que la única entrada era por aire. Al menos para nosotros, pues se podía llegar por río si uno navegaba quince días o más, pero la policía no tenía autorización para usar las pirañas<sup>1</sup>. Se supone que eso lo hace la Armada, sin embargo, a ellos los habían sacado hace rato de ahí y nosotros no contábamos con ninguna lancha, por lo que la guerrilla se apoderó de los canales fluviales. Así que íbamos en un pequeño avión cuando de repente aparecieron helicópteros a nuestro lado, nadie sabía qué estaba pasando. No nos habían dicho que la única forma de entrar a la base era ablandando<sup>2</sup> la zona. De hecho, lo único que nos dijeron antes de bajar del avión fue que

---

<sup>1</sup> La piraña es una lancha armada con al menos tres ametralladoras, mide casi 80 metros de largo y su tripulación puede ser de hasta diez hombres.

<sup>2</sup> "Ablandar" se refiere a abrirse paso en el territorio disparando.

teníamos que reducir silueta<sup>3</sup>. Así que nos quedamos ahí tirados contra el piso con tiros que venían de lado y lado hasta que el avión se fue.

Cuando logramos ponernos de pie y organizarnos, me dieron unos cartuchos y me ordenaron ir a vigilar una garita lejana. No tenía idea de qué era lo que tenía que vigilar hasta que empezaron los tiros. Era nuestra bienvenida, así es como la guerrilla recibía a los "nuevos". Era una tradición que los comandantes conocían, por eso apenas un grupo nuevo ponía los pies en la tierra, se le asignaba un turno de vigilancia y se entregaba el armamento: fusiles, ametralladoras, granadas y visores nocturnos. Todas esas armas eran viejas, pero funcionales. Tenía que ser así, después de todo, si por alguna razón la guerrilla nos quitaba las armas, no se iba a llevar algo de valor, sino armamento que ya había cumplido su tiempo de vida.

Los primeros dos días los turnos fueron de tres horas para acostumbrarnos. Luego, se escogió el personal de cocina, pues ellos no prestaban turno. Los demás, en los días sin combate, debíamos prestar un turno de vigilancia en distintos puntos de la base y dos veces al día. Así, al que le tocaba el primer turno del día, también le tocaba el tercero. Se dormía durante un turno, digamos, en el cuarto. En el segundo, que era el que quedaba libre, nos dedicábamos a hacerle mantenimiento a los costales dañados y a los muros debilitados de la base. Esta era una tarea necesaria y de mucho cuidado, pues toda la base estaba hecha de bultos de cemento que se ponían

---

<sup>3</sup> En un combate armado, se refiere al conjunto de estrategias que buscan disminuir el espacio que ocupa el individuo. Por ejemplo: desplazarse con las rodillas ligeramente inclinadas y los hombros bajos o arrastrarse por el suelo.

sobre tablas de madera y con la humedad, la madera se pudría. Lo único que estaba hecho de ladrillos era lo que quedó de las antiguas ruinas de la Caja Agraria, ese edificio atravesado por balas 0.50 la policía lo había conseguido después de un intento de toma de la guerrilla. Al terminarse el combate, el edificio estaba arruinado y jamás volvieron a repararlo, así que poco a poco se fue consolidando como parte de la base. Había una zona supuestamente construida por militares de Estados Unidos con muros de metal rellenos de cemento y también una malla contra granadas, porque, aunque sea imposible de creer, debíamos tener cuidado, pues desde el puerto botaban granadas que buscaban encontrarnos mientras caminábamos por el pueblo.

Además de darnos una rutina, los turnos de vigilancia también servían para organizarnos, de esta manera, si había un combate, sabíamos que debíamos correr a apoyar el último sitio en el que prestamos vigilancia. Como no teníamos ninguna alarma que nos avisara que debíamos salir, dependíamos de los radios, el oído y la experiencia. Ella fue primordial para entender que la naturaleza de los combates era descompensar al enemigo, por eso siempre eran a mediodía o en las noches. Al principio salíamos al primer disparo, pero con el tiempo y la costumbre, si los disparos empezaban al almuerzo, nos poníamos el arnés y nos quedábamos vigilantes mientras comíamos, pero era hasta el inicio de una ráfaga de disparos que dejábamos la comida sobre la mesa y corríamos hacia los puntos de vigilancia.

En ocasiones, la gente del pueblo pasaba corriendo en medio de la balacera, la única explicación que en-

contrábamos a ese comportamiento desinteresado y despreocupado por la vida era que aquellas personas debían ser parte de la guerrilla. Esto, aunque pueda parecerle extraño a algunos, a nosotros no nos extrañaba, pues sabíamos que algunos guerrilleros vivían en el pueblo vestidos de civil. Además, resultaba evidente que los corredores no le tenían miedo a que los disparos llegaran desde cualquier lado. En nuestro caso, cuidábamos a los civiles, por lo que una de nuestras balas no los alcanzaría, en el otro bando, suponíamos que reconocían a los suyos, por lo tanto, tampoco debían temer.

Eso fue de las cosas que más me costó asimilar. En el pueblo no nos querían, o, en todo caso, preferían evitarnos. Los únicos que nos hablaban eran los que atendían los teléfonos con los que podíamos llamar a casa cada dos semanas. No era que estuviera prohibido llamar, pero llegar al SAI<sup>4</sup> era muy difícil. La tiendita estaba al otro lado del pueblo y tocaba ir atravesando la pista del avión. Así que cada dos semanas, salíamos ocho personas armadas con fusiles y ametralladoras M-60 mientras que dos más se quedaban vigilando desde dos garitas en la base. Al llegar, los vendedores del SAI eran secos y prácticos: el saludo y el teléfono. Los demás no nos dirigían la palabra, tampoco nos vendían nada en la tienda y si alguien se nos acercaba, era para sacarnos información. Sin embargo, eso fue al principio, cuando unas muchachitas como de quince años vinieron a preguntarnos de dónde veníamos, cuándo y cuántos habíamos llegado y que si nos íbamos a quedar mucho. Ya después, los mu-

---

<sup>4</sup> En Colombia, "SAI" se refiere al negocio que dispone de un celular o teléfono desde el cual se pueden hacer llamadas a bajo costo. El cobro se realiza por minuto.

chachos del ejército que estaban ahí antes que nosotros nos entrenaron. Por supuesto, informalmente. En Miraflores, el entrenamiento que tuvimos en Popayán, no nos servía mucho. Lo que servía era saber dónde era seguro pararse, los caminos que había que coger para que las granadas que lanzaban desde el puerto no nos alcanzaran y los cuidados que debíamos tener con la gente que quería sacarnos información. Ahí empezamos a desconfiar de todos, por eso decidí no volver a hablar con nadie del pueblo.

Los del ejército llevaban un año ahí, por eso sabían todo eso. Entre nosotros se formó una gran camaradería, ellos eran muchachos a los que les había tocado muy duro en la vida y que antes de entrar al ejército ya sabían defenderse en períodos de escasez, así que su experiencia nos ayudó a todos. La diferencia entre ellos y nosotros es que nosotros nos presentamos a la policía, mientras que a algunos de ellos los habían recogido en batidas, pidiéndoles papeles y como no tenían, se los llevaron a la guerra. Eran duros, tenían más calle que nosotros, habían aguantado hambre antes, algunos incluso habían sido ladrones o consumidores. Sin embargo, esa era la vida que habían dejado atrás, allá en el infierno no importaba, todos éramos iguales, cuidábamos el pueblo. Sin embargo, nuestras labores eran distintas, ellos sí salían todas las mañanas a recorrer el perímetro y si se encontraban con una base de la guerrilla, podían empezar el fuego. También tenían que tener cuidado por los caminos, pues la guerrilla conociendo su paso ponía minas camino a la vereda Buenos Aires, sin importar que las personas que vivían en el pueblo también pasaban por ahí. En cambio, nosotros nos encargábamos de los disturbios en los barrios. Des-

pués de todo y a pesar del odio, la gente sí levantaba el teléfono para llamar a la policía. Pero esa no era la principal razón por la que estábamos ahí, si bien debíamos cuidar a todos, ciudadanos, colaboradores, milicianos y a la misma guerrilla vestida de civil, lo principal era reabastecer de combustible a los aviones que llegaban.

En aquel entonces el país estaba en pleno auge del Plan Colombia, los gringos salían de Villavicencio para hacer las fumigaciones con helicópteros. Las pequeñas libélulas mecánicas llegaban a la base por combustible y mientras ellos se iban, nosotros nos quedamos en medio de combates y hostigamientos porque al despegar los helicópteros le disparaban a todo el mundo indistintamente. Después de todo, desde el aire no se diferencia a nadie. Miraflores era la fase uno de la elaboración de coca. Allí se hacía la pasta que se cristalizaba en otra parte. Como policía teníamos el control sobre los aviones para incautar insumos para la elaboración del clorhidrato. Los DC-3 venían desde Villavicencio y Villagarzón y tenían que hacer parada a cincuenta metros de la base para hacer el respectivo control, los encargados eran la dirección del aeropuerto. Los aviones eran tan viejos que en ocasiones fallaban, cuando esto ocurría, botaban la carga en medio del vuelo para planear y caer en medio de la selva.

Algunos insumos entraban por vía fluvial, la mayoría de veces intentaban justificar su necesidad, pero, aunque podían tener una razón, la cantidad no se relacionaba con la realidad. No tenía sentido que entraran veinte kilos de cemento si no había ladrillos y todas las casas eran de madera, mucho menos podía explicarse

la pertinencia de la soda cáustica o del ácido sulfúrico. Lo único que tenía sentido eran las canecas de gasolina, esas eran más fáciles de justificar y teníamos que dejarlas pasar.

Allí aprendí que quienes cultivan la coca no son los guerrilleros, sino los campesinos. Los cultivos de coca están en los pueblos a los que el Estado no llega, pues no hay muchas más formas de ganarse la vida. La guerrilla les paga muy barata la hoja de coca, pero al final les va bien. Desde la mirada de la institución, el campesino está en medio del fuego cruzado, pues cultivar la planta no es un delito, ellos están tratando de sobrevivir, pero nosotros luchamos contra la producción. Por eso, la mejor forma de erradicar el proceso es desde el principio, la policía fumiga con glifosato los cultivos y por eso la gente la odia tanto.

Así pasaron los días, cuando llegó junio, tuve quince días de permiso. Sólo hasta entonces fue que logré reunir el dinero para pagar el pasaje hasta Villavicencio. En ese momento, nos quedaba poco más de un mes de servicio, pues se suponía que en julio llegaría nuestro relevo. Sin embargo, una semana después de regresar, exactamente el 21 de junio fue la segunda vuelta de elecciones presidenciales. A nosotros nos tocaba estar pendientes de las urnas y hacer veeduría del proceso, sin embargo, nadie llegó a las urnas ese día, la guerrilla no permitía que la gente saliera a votar. Mientras tanto, nos habían dado de acuartelamiento de primer grado, no se podía salir a las calles porque todo estaba caliente. Como resultado, al comandante le extendieron su período y aunque nuestro relevo sí se anunció, el comandante rechazó el cambio de grupo y pidió extender nuestro período de servicio.

Al igual que la tradicional bienvenida de la guerrilla, también era de conocimiento público que en la posesión del presidente siempre había "tomas" a las bases y la violencia se recrudecía. Por eso, comprendo la decisión del comandante, tenía mucho sentido. Él no podía arriesgarse a enfrentar un acontecimiento así con un grupo de recién llegados inexpertos, además, nosotros acabábamos de ser condecorados como la base número uno en operatividad en todo el territorio nacional, éramos los más capacitados para enfrentarnos a la guerrilla durante ese período. Nosotros éramos los mejores, estábamos seguros de que podíamos enfrentar cualquier ataque. Por lo tanto, lo que hicieron fue enviarnos un refuerzo de quince hombres jungla en julio. En el pueblo se contaba otra historia, la toma empezó a prepararse con semanas de antelación.



## II

*En Armenia me tocaba muy duro, trabajaba de once de la noche a ocho de la mañana empacando medicamentos en un laboratorio de Bayer, así que Pablo se quedaba solo en la casa la mayoría del tiempo. En las reuniones del colegio terminaba por enterarme de que a veces capaba clases y que se iba a andar por la Loma de la Cruz o por la Avenida Sexta con los amigos. A pesar de eso era juicioso, yo creo que corrí con mucha suerte. Tuvo su época de rebeldía, sí, pero gracias a Dios nunca fue de estar con malas compañías, ni de andar con vicios. Nunca lo llegué a ver borracho, ni llegando de la calle en la madrugada. Lo único fue que un día me llegó con el cuento de que quería ponerse una candonga. Eso no hacía sino decirme que no le veía nada raro y yo la verdad es que no entendía por*

*qué ponerse eso. Hasta que un día llegó con la candonguita. Cuando lo vi, quedé muy impresionada, me afectó tanto que hasta tuve que ir al psicólogo de la empresa, nunca había visto a un hombre con una candonga. Al final decidí que lo mejor era relajarme y no llevarle la contraria por si acaso se le ocurría salir con más cosas raras sólo para hacerme enojar. Después de todo no era la gran cosa, por el colegio sí lo regañaba, pero lo de la candonguita se me pasó, ahora hasta me da risa recordarlo.*

*Con la adolescencia también noté que empezaba a preocuparse más por estar bien vestido, mantenía más pendiente del corte del cabello, de las muchachas y tenía muchas amigas que incluso lo visitaban en la casa. Yo pensaba que alguna debía ser la novia, pero siempre lo negaba. Lo veía contento, por eso me sorprendió tanto cuando me avisó que iba a dejar de estudiar para irse a la Policía. Me voy pa' la pm, me dijo cuando apenas estaba terminando décimo. Ese día me llegó con el papel que informaba que se iba para Popayán y que ya había hecho todas las vueltas, así que no pude decirle nada.*

*Lo que él quería era ponerse a trabajar apenas terminara el bachillerato. Siempre fue muy trabajador, sin haberse graduado del colegio trabajó en Comfandi y Emcali, pero*

*cuando cumplió dieciocho le empezaron a pedir la libreta militar y eso le quitó la opción de trabajar. Yo creo que la idea de entrar a la policía no le disgustaba como a mí, cuando era pequeño quería ser piloto, pero esa carrera valía mucha plata y la universidad también, así que la policía era como lo más cercano. Me acuerdo que ya adolescente, unos meses antes de que llegara con el papel ese, mencionó que quería irse para el Ejército para resolver lo de la tarjeta, pero ahí sí le dije de una que no porque a los del ejército los secuestraban. Lo que dijo para tranquilizarme fue que en la policía era más suave, que iba a estar en antinarcóticos y que le darían ayudas y salidas. Mejor dicho, me lo pintó como algo muy bueno, yo vi que mi hijo tendría oportunidades. Así fue como caímos en la misma trampa y cómo a mí me tocó verlo en la ceremonia de juramento a la bandera sostener que yo le entregaba. Ese día fue la primera y última vez que cogí una de esas, me prometí nunca más hacerlo.*

*En febrero del 98 Pablo me llamó desde un teléfono fijo y me dijo que lo habían trasladado para el infierno. Así era como Pablo hablaba de Miraflores, decía que los hostigaban todo el tiempo y que les disparaban desde afuera de la pista cuando el avión llegaba a recoger gasolina y a llevarse las drogas incautadas. Recuerdo que lo primero*

*que hice ese día fue coger un mapa y ver dónde estaba ubicado el pueblo, a un lado había un río y al otro lado sólo se veían arbolitos, pura selva. En las noticias decían que era una zona cocalera dirigida por el Mono Jojoy.*



*Una de las evidencias de vida enviadas a Luz Amparo.*



# Capítulo tres: La guerra sucia

Días antes de la elección de Pastrana, el 15 de julio, los muchachos del ejército se fueron. Ya habían cumplido con los dieciocho meses de servicio. En su reemplazo, llegó un grupo de soldados que venía de la masacre de Mapiripán<sup>1</sup>, me di cuenta de que la guerra no era lo que yo pensaba. Ahí entendí los nexos que había entre paramilitares y ejército, pero principalmente, paramilitares y gobierno. Era la guerra sucia, había un ejército paralelo al de nosotros que libraba las batallas sucias, era financiado por el Estado y entrenado por el mismo ejército colombiano y también por los gringos. Cuando lo descubrí me sentí decepcionado, el amor que tenía por la policía cambió, no todos peleábamos justamente, sino que la realidad del país estaba oculta para los ingenuos que estábamos lejos de los pequeños pueblos y de la guerra. En esos lugares en los que había acuerdos entre paramilitares y policías, y

---

<sup>1</sup> Masacre de Mapiripán, 1997. El ejército permite la entrada de las AUC, con anterior investigación arman una lista negra y sacan a habitantes de sus casas. Asesinan a 49 personas y botan los cadáveres al río.

los cuadros de mando les colaboraban a los paramilitares con información para ubicar a la guerrilla y a sus familias en sus casas. Las muertes ya no se daban en combate, ya no eran por una bala, sino porque la misma muerte iba a buscarlos a la puerta de sus casas, los descuartizaba y les quitaba la cabeza para que los vivos vieran y tuvieran miedo. Así empezaron las masacres, fue muy duro descubrir que la policía recibía plata de los paramilitares, que jugaban sucio y que mientras la institución se portaba así, del otro lado algunos guerrilleros empezaban a entregarse.

Por supuesto, en ese momento no sabía ni siquiera que existían los paramilitares, pero cuando salí de allá me di cuenta de que una vez tuvimos uno en nuestras manos. Era un hombre que parecía guerrillero y que cuando lo agarramos nos ofreció un millón doscientos para liberarlo. Nos negamos y lo detuvimos en la base, pero al otro día llegó un helicóptero para recogerlo y llevárselo. Siempre se me hizo extraño, ahora me pregunto cuál era el grado de esa persona, que sin que le avisáramos a nadie consiguió salir de ahí, me pregunto si es que hacía parte de la cúpula militar.

Pocos días antes de la toma, el personal del aeropuerto se dio cuenta de que estaban sacando a la gente de tercera edad en aviones, dízque porque en Villavo iban a hacer una actividad recreativa con las personas mayores. Fue el segundo vaticinio de la toma, el primero fueron los rumores en el pueblo. Tras recibir el poligrama, el 03 de agosto los soldados que estaban en la base de la armada salieron a inspeccionar el perímetro en la noche. Mientras caminaban, se encontraron de frente con la guerrilla, pero

ninguno de los dos grupos se reconoció en la oscuridad. Gritaron: ¿quién vive? Y cuando de un lado respondieron ¡Guerrilla! Y del otro lado ¡Ejército! Empezó el tastaseo. Eran más o menos las siete y veinte, yo acababa de recibir el turno de las siete. Todos corrieron a sus puestos, sabíamos que era un combate porque el sonido de las balas no se detenía. Aunque no teníamos comunicación con el ejército, escuchábamos cada vez más cerca el sonido. Cuando después de dos horas el tataseo se detuvo, la única comunicación que recibimos por radio fue que la guerrilla venía y que había muchos heridos. Luego, durante las conversaciones que tuvimos los días que pasamos en cautiverio, nos enteramos de lo que había sucedido en ese lapso. Resulta que cuando la guerrilla empezó a atacarlos, los hombres se abrieron en grupos de cuatro y cinco, lo que les facilitó a los guerrilleros el combate. Esto no se debe hacer, pero como eran inexpertos y desconocían el área, la mayoría de los cuarenta soldados que estaban en la base de la armada cayó en las primeras horas de la toma. En el silencio que siguió, por radio llegó la idea de mandar patrullas por los heridos, pero a nosotros no nos cuajó la idea. Primero, porque era de noche y segundo, porque nosotros no conocíamos a los soldados porque habían llegado hacía apenas un mes, no sabíamos quién era quién.

Entre las nueve y diez de la noche, se escuchaban disparos aislados, pero ya no se escuchaba el combate. Una hora después, cerca de las once de la noche, nos avisaron por radio que los soldados heridos venían a la punta de la base en la que yo estaba vigilando esa noche. Los hombres que estábamos en esa punta estábamos preocupados, pues sabíamos que, si llegaban, no los íbamos a

reconocer. No sabríamos si eran ellos realmente, si venían acompañados, si dejábamos entrar al enemigo disfrazado con sus uniformes y botas, pero por radio no nos prestaban atención. Luego, en cautiverio nos dimos cuenta de que la guerrilla había cogido los radios y se estaban haciendo pasar por soldados, pero al final, por fortuna, jamás llegaron.

En medio de esa zozobra por saber qué hacer con los soldados heridos que venían, llegó la orden desde Bogotá de replegarnos en las bases y esperar el apoyo aéreo. Mientras tanto, la guerrilla seguía avanzando en silencio. La orden no tuvo en cuenta dos cosas, que en mi opinión, ayudaron a que la base cayera. La primera fue uno de los errores de las presidencias pasadas, no destinaron recursos para apoyo aéreo. El avión que debían enviar desde Villavicencio se demoraba una hora en llegar, así que cuando finalmente sobrevolaba Miraflores, ya le quedaba poco combustible. Apenas duró diez o quince minutos rafagueando el perímetro antes de devolverse. Después, cuando bombardearon el campamento en el que nos tenían secuestrados, descubrimos que la probabilidad de que esa noche hubieran asesinado a compañeros soldados que estaban en el perímetro era alta, pues desde el aire no pueden diferenciar quién es guerrilla y quién es ejército. El segundo error de ese vuelo fue que el avión era operado por gringos que desconocían la ubicación de la base y nos pidieron que lanzáramos una bengala para ubicarnos. La luz les permitió ubicarnos, pero también guió a la guerrilla. Habría sido más fácil que nos dijeran: prendan linternas y señalen hacia arriba o que enviaran un piloto que conociera la zona, pero no, nos pidieron lanzar una bengala que explotaba en la mi-

tad del cielo revelando nuestra posición. No habían pasado diez minutos tras lanzar la bengala, cuando la guerrilla empezó a lanzarnos cilindros de gas y granadas, allí empezó el combate para nosotros.

En algún momento entre la noche y la mañana, entre el ir y venir del fuego, un mortero cayó en la oficina de comunicaciones y se llevó la vida de dos compañeros. A partir de ahí, quedamos prácticamente incomunicados, sólo nos quedaba un radio, pero no teníamos antena, ni teléfono satelital. Luego, a las ocho de la mañana, todo se calmó. Era el ojo del huracán. En el fuego cruzado siempre llega un momento en el que es necesario tomar agua, pues uno ya no se aguanta la pólvora pegada a la garganta. De repente, mientras estábamos tomando gaseosa, cayó un cilindro a cinco metros de nosotros. El teniente Vanegas vio volar el cilindro por el aire y gritó: ¡Al suelo! Me agaché tan rápido como pude, la explosión me sacudió todo el cuerpo y luego sentí un impacto en la pierna. Al abrir mis ojos todo lo que podía ver era sangre, el pantalón estaba lleno de ella, pero no sentía nada. Lo único que sentía era un zumbido en el oído que se parecía al de una mosca alejándose. Me asusté y empecé a palparme la pierna, pero no encontraba ninguna herida. ¡No es mía, no es mía! Le grité a los compañeros, pero ellos insistieron en que me revisara bien, porque la sangre no dejaba de salir. Entonces, me rasgué el pantalón y vi el hueco de no más de dos centímetros de diámetro, pero desde el que salía la sangre demasiado rápido, líquida y sin nada que la detuviera. Era la herida de una bala, pero esta no alcanzaba a verse por la sangre. Mis manos empezaron a dormirse y me sentí débil, todo empezó a ponerse oscuro. ¡Me voy a desmayar! De repente vi la mano del comandante

Vanegas acercarse y de inmediato, un hormigueo en la cara, el cachetadón que me dio, me devolvió al presente. ¡Póngase un apósito, hágase un torniquete y váyase para donde están los heridos!

Desabroché la bolsa de primeros auxilios y le hice caso. Íbamos con otro compañero que también estaba herido. Llegar a la garita de primeros auxilios fue casi imposible, íbamos arrastrándonos por la orilla de la base al descubierto, pues la guerrilla estaba subida en los árboles y nos veían desde allí. Escuchaba el zumbido de las balas antes de que impactaran en el suelo a centímetros de mi cuerpo, el mismo sonido que se escucha en las películas, las balas de verdad silban.

Finalmente, llegamos a la Caja Agraria, allí era donde estaban los heridos. Allí estaba Muñoz en una camilla, él era uno de los primeros heridos, pues estaba en la sala de comunicaciones cuando la bomba cayó. No fui capaz de mirarlo, ni conversar de nuevo con él. Esperaba que una vez saliéramos de ese combate, los helicópteros pudieran llevárselo rápido. Sólo teníamos que aguantar un poco más, el sol ya estaba en lo alto, así que debía ser medio-día, hacía algunas horas habían dicho que el apoyo iba a llegar en la noche, todo gracias a que Miraflores era una base custodiada por la DEA. Un par de horas después tuve que salir corriendo de allí porque ese era uno de los sitios que más estaba atacando la guerrilla, estaban concentrando el ataque en ese punto para poder entrar y seguir el ataque desde adentro. Fue la última vez que vi a Muñoz. La gente que se quedó después de que me fui no lo sacó, pues según los DDHH, la guerrilla o cualquier actor armado tenía la obligación de respetar su vida y sacarlo en la ca-

milla representaba un peligro para todos los demás, pues habrían sido un blanco fácil para los francotiradores de la guerrilla. En su lugar, los hombres confiaron en el artículo 3 del Convenio de Ginebra que dice que en los conflictos armados: "Los heridos y los enfermos serán recogidos y asistidos". Sin embargo, como he dicho antes, cuando la guerrilla por fin rompió el muro que protegía a Muñoz, uno de sus hombres le pegó un tiro en la cabeza.

Mientras dejaba la Caja Agraria atrás e intentaba llegar a la garita más cercana, lo único que veía eran escombros, ya no quedaba rastro de ninguna oficina. La base, o más bien, lo que quedaba de ella, estaba irreconocible. Por fin alcancé una garita. El alma me volvió al cuerpo cuando reconocí al comandante entre los hombres que estaban ahí. Como pude, me acerqué hasta donde estaba, me tumbé a su lado y hablé fuerte, para que pudiera escucharme a pesar del ruido: "Quiubo, mi cabo, ¿qué hacemos?". Él dejó de disparar y volteó a mirarme, su rostro era el de un hombre al que no le quedaba nada más que resignación. "No, Romero, no hay nada que hacer, ya se nos metieron". Sus palabras me helaron la sangre, volteé a ver a mi alrededor para ver si alguien más había escuchado, pero no parecía así, pues seguían disparando. No podía creer que el cabo acabara de decir eso, él que siempre nos había dicho en los entrenamientos que no debíamos rendirnos, que siempre había algo más por hacer, una última estrategia que nos podía salvar. Él era el mismo que se estaba dando por vencido. En aquel momento sentí que toda mi energía se escapó, finalmente me senté y vi lo que sucedía a mi alrededor. Desde una garita cercana, el comandante Vanegas corría a refugiarse con nosotros, parecía que ese era el último pedazo de

la base que seguía en pie. Había pasado mucho tiempo desde que me dispararon en la pierna, el sol empezaba a bajar, pero la sangre no se detenía. No tenía ninguna posibilidad, la venda estaba cubierta en sangre que empezaba a secarse, iba a morir desarmado y desangrado. Los disparos ya no venían de afuera, sino de adentro. El cabo tenía razón, ya no teníamos salida.

Lo más doloroso es que aquella no era la primera vez que se habían tomado la base, la toma se había anunciado, no nos dieron el apoyo que necesitábamos, nos mandaron a lanzar una bengala que nos había descubierto y después nos olvidaron, ya era tarde para que la DEA llegara, todo el armamento que nos quedaba era inútil, no quedaban hombres que lo dispararan. En aquel momento, sin arma y sin poder hacer nada más que pensar, sentí miedo. Entonces, como una perversa prueba de que cualquier tipo de suerte nos había abandonado, volví mi cabeza en dirección al comandante Vanegas en el segundo en que una mano de mujer entró por uno de los huecos que había en el muro y le disparó con uno de esos proveedores modificados, le pegó veintidós tiros.

Tras veintiséis horas, el combate terminó a las seis de la tarde. Después de que asesinaron al comandante Vanegas, un compañero se asustó y levantó las manos. La guerrilla le disparó de todas formas y le tumbó el brazo. Yo sabía primeros auxilios, pero en ese momento no supe qué hacer, estábamos rodeados y el brazo le colgaba de un músculo.

La guerrilla nos quitó las armas y las camisas, el que no entregaba el arma, se moría. Luego nos llevaron al lugar

en que guardábamos el combustible para los aviones, allí estaban todos los policías y soldados que quedaban acostados, cuerpo a cuerpo, como sardinas. Por un azar, la persona que estaba a mi lado era Leyton. No podía girar la cabeza, pero sabía que estaban a punto de dispararnos, así que le dije lo que sentía en aquel momento: "Viejo Leyton, usted me cae al hígado, pero fue un placer luchar a su lado". Y él empezó a llorar. Cerré los ojos esperando el disparo, cuando de repente, entró la comunicación por radio que nos salvó la vida, pero condenó los días que nos quedaban.



### III

*Tres noches antes del secuestro de Pablo, la última noche de julio del 98, su prima Gloria Patricia tuvo un sueño espantoso, uno de esos sueños que anuncian la tragedia. El sueño fue tan horrible, que aún después de los años que han pasado lo recuerda como si hubiera sido anoche. En el sueño unos pedazos de carne colgaban solitarios en el monte, como cuando matan a una res entera. El primero de agosto se levantó asustada, pero no me contó del sueño hasta días después.*

*La primera en enterarse de la toma fue ella, la noticia apareció en los medios nacionales, pero no me contó nada para no preocuparme. Al otro día, el 04 de agosto fue que me enteré. Desde que mandaron a Pablo a Miraflores yo*

*tomé la costumbre de escuchar la radio todas las mañanas, lo hacía para calmar esa angustia que sentimos las madres cuando los hijos están lejos de nuestros cuidados. Pablo me decía que las cosas estaban bien, pero a mí no me parecía. Hacía poco más de un mes que había estado en la casa y yo lo vi preocupado, sabía que me escondía algo. Así que ese día prendí la radio como todos los días a las 5:00 a.m., pero la voz que salía del aparato me dio la terrible noticia: había fuertes combates en la base antinarcóticos de Miraflores. Aún peor, no se sabía el número de muertos. La noticia me cayó como un balde de agua fría, las piernas se me pusieron blanditas, como gelatinas, no me quedó más remedio que sentarme a esperar en la punta de la silla con el pecho vaciado del miedo y el corazón alborotado en la mano.*

*Las horas pasaban y Gloria y yo no sabíamos nada, así que decidí llamar a la emisora a preguntar lo que había pasado. Le conté al locutor que mi hijo estaba allí, en Miraflores. Él me contó más sobre los combates y los muertos, y luego me ofreció abrir el micrófono para hablar de la situación y convocar a más familiares de víctimas a mi casa. No sabía bien qué decir o qué hacer, pero creo que hasta lloré. Esa fue la primera vez que hablé ante un medio, sin imaginar todo lo que vendría después.*

*A las nueve de la mañana ya no cabía ni una sola persona más en mi casa. Llegaron mamás, esposas, abuelos, novias y policías, en moto, carro o a pie. Luego empezaron a llegar periodistas que querían entrevistar a los familiares más cercanos, pero nadie quería hablar, así que hablé yo. Así empezaron a verme como una líder, aunque yo no me sentía como tal, yo sólo quería saber de mi hijo.*

*Esa noche, Patricia tuvo otro sueño, soñó con el único amigo que le conocía a Pablo, un joven de apellido Sabogal. En el sueño ella le preguntaba dónde estaba Pablo y el amigo le decía que él tampoco sabía dónde estaba Pablo.*



## Capítulo cuatro: Un secuestro político

Después de la orden por radio, nos llevaron agachados hasta “El proveedor”, el supermercado del pueblo. Las zanjas estaban encharcadas y llenas de barro, lo que hizo muy difícil que llegáramos hasta allá. No sabíamos qué iba a pasar con nosotros, pero era un respiro saber que habíamos postergado la muerte. En el supermercado, mientras sacaban gaseosa de las neveras, nos preguntaron quién estaba herido para llevarlo al hospital. A mí, por desgracia, la herida se me había llenado de barro y el barro había detenido la sangre, así que me dejaron ahí. A los otros heridos sí se los llevaron, incluyendo a uno que parecía tener rota la cabeza. Sin embargo, después nos enteramos de que era más el escándalo de la sangre que la herida misma, pero el personal de la Cruz Roja le cubrió la cabeza hasta dejarlo como una momia para que el tipo pudiera salir y no lo regresaran con nosotros. Al poco rato, apareció Urias, el comandante de la guerrilla de ese tiempo. Él nos felicitó por haber peleado bien y también nos confesó que habíamos caído a tiempo, de lo contrario, en la no-

che nos esperaba una muerte segura, pues iban a incendiar la base con cilindros de gasolina y amoniaco. Cuando preguntó quién era el comandante, Donato se quedó callado. No lo culpo, no sabía qué podían hacerle.

Nos embarcaron en una lancha de aproximadamente quince metros, era enorme, después de todo éramos ciento veintinueve miembros de la fuerza pública los que habíamos sido tomados como rehenes, cincuenta y seis policías y setenta y tres soldados. Mientras avanzábamos por el río, cinco helicópteros nos sobrevolaban y el conductor de la lancha se daba mañas para que los disparos del cielo no nos alcanzaran. A nuestro alrededor otras lanchas ya habían sido derribadas, según el lancharo, eran lanchas de civiles. Pero no le creí, todos sabíamos que las lanchas no transportaban civiles, sino guerrilleros. A mí me asustaba que un disparo de esos nos cogiera, pero un temor mucho más grande me atormentaba, me preocupaba mucho la herida que tenía en la pierna. No podía dejar de pensar que, con el agua sucia del río, terminaría infectándose y luego tendría que lidiar con una pierna engan-grenada. Entonces le pregunté al lancharo si tenía algo que pudiera desinfectar la herida, sólo había gasolina. Intenté descifrar su rostro, ver qué emoción se encontraba detrás de sus palabras, pero no encontré ninguna. Sin embargo, siempre que pienso en ese momento hay algo que me incomoda, tal vez la tranquilidad o frialdad con la que él me ofreció quemarme la piel. Así es la guerra, no se piensan mucho las cosas porque no hay otra alternativa para sobrevivir.

Navegamos cerca de tres o cuatro días. A pesar de que la guerrilla nos había cubierto con una lona impermeable

como la de los camiones para que no identificáramos el trayecto, había algunos huecos en la lona a través de los cuales podíamos entrever paisajes que se repetían y que nosotros íbamos memorizando. No sé cuantas vueltas nos dieron una y otra vez por los mismos sitios, su estrategia de despiste era un poco ridícula e hizo el recorrido quizá el doble o el triple de largo. Al desembarcar en el campamento, nos dimos cuenta de que estábamos con varios comandantes de renombre de la guerrilla, eran los duros. El campamento ya llevaba un buen tiempo instalado en esa zona porque tenía cocina y eso es lo más demorado de hacer en la selva. Las cocinas en los campamentos se hacen a partir de leña y trampas de humo que se liberan en la noche, eso es algo que no se puede hacer en un momentico.

A los heridos nos llevaron de inmediato a enfermería para valorarnos. Allí me atendió una muchacha muy linda, tenía veintiún años y estudiaba en los Andes, me contó que era la esposa del cirujano que se encontraba en el campamento. Ella no me pareció guerrillera, no entendía por qué estaba allá, creo que sólo se fue a aventurar. Quién sabe, los médicos llevaban una doble vida, eran guerrilleros que trabajaban en la ciudad y era difícil saber quiénes eran en verdad, sin embargo, todo lo que me contaba me sonaba muy convincente. En la valoración me ordenaron una debridación, eliminar todo el tejido dañado de mi pierna para que la herida pudiera sanar con mayor facilidad. También me recetaron penicilina y gentamicina para disminuir el riesgo de la gangrena.

Después de mi visita al médico, nos mandaron a bañarnos y organizarnos, luego nos dieron una comida ca-

liente y el semblante nos cambió. A todos nos entregaron una hamaca y un uniforme, sin embargo, los heridos no podíamos usar las hamacas por nuestras lesiones, así que tuvimos que dormir en una carpa en el piso, una casita, como le decían allá. En ese campamento, nos dijeron que estábamos secuestrados y que debíamos esperar al comandante y sus instrucciones. No tenía sentido, ¿quién iba a dar un peso por nosotros? ¿Quiénes éramos nosotros para el presidente? nadie, si acaso le importábamos a nuestra mamá. Se habían equivocado llevándonos hasta allá, Pastrana no se iba a meter al monte para buscarnos. El mundo iba a seguir girando con o sin nosotros.

A los cinco días el personal armado aumentó de manera inusual en el campamento, así que intuimos que algo estaba ocurriendo. Era el Mono Jojoy acompañado de un escolta enorme. El Mono llegó fresco, nos habló a todos claro y sin rodeos, era un secuestro político. Dijo que los heridos no debían estar ahí, pero que lastimosamente, así era, así que aunque lo lamentaba, nos trataría de manera digna y nos respetaría la vida. Nos dijo que harían un canje, militares secuestrados por guerrilleros presos. Él creía que el gobierno aceptaría, pues en otros países este tipo de intercambios había sido posible. ¿Y si no era así, qué pasaba si las cosas se complicaban? ¿Si el gobierno decía que no? ¿Cuánto tiempo duraría el secuestro? Todas esas preguntas rondaban mi cabeza mientras el Mono hablaba, pero tampoco parecía que él tuviera respuesta. Nos dijo que iban a hacer más tomas, que entre más capturados tuvieran, más presión podían hacerle al gobierno. Esperaban poder secuestrar los peces gordos, las fichas militares más importantes. En ese momento, Pastrana aca-

baba de posesionarse y estaba reunido con Marulanda<sup>1</sup> en el Caquetá, así que había unos diálogos que empezaban a desarrollarse y que eran terreno abonado para el canje. Después de ese discurso, la incertidumbre se calmó un poco, el plan parecía sencillo, tal vez estaríamos allí unos meses, pero saldríamos tarde o temprano. Sin embargo, desconocíamos el marco jurídico y con ello, todo lo que estaba por venir.

Por aquel entonces, Timochenko<sup>2</sup> no era el gran comandante que tantas veces encabezó los titulares de los noticieros de Colombia, era un regular. Después de la reunión con el Mono, fue el encargado de entrevistar a todos los que estábamos secuestrados. Nos hizo un cuestionario larguísimo: madre, padre, dirección, hermanos, colegio... En fin, si no preguntó por la fecha de nacimiento del perro fue porque se le olvidó. Algunas preguntas las respondimos con la verdad a medias y en otras solo nos inventamos las respuestas, quién iba a confiar la historia de su vida a los mismos que nos tenían capturados. Nunca nos dijeron que todos esos datos eran para entregarlos a los medios de comunicación. Yo a ellos también les preguntaba de todo, pero no sé si jugábamos a lo mismo, a desinformar. A ese juego doble de quién engaña a quién.

---

<sup>1</sup> Pedro Antonio Marín Marín fue conocido por sus alias: "Manuel Marulanda Vélez" y "Tirofijo". Fue cofundador y cabeza del secretariado de las FARC-EP desde su fundación en el año 1964 hasta el 2008, año en el que falleció por causas naturales.

<sup>2</sup> Rodrigo Londoño Echeverri fue conocido por su alias "Timochenko" y por ser, a sus veintisiete años, el miembro más joven en ingresar al Estado Mayor de las FARC-EP. También fue el comandante del Bloque Magdalena Medio desde 1994 hasta el 2011, año en el que se asumió la comandancia de las FARC-EP, organización que meses después iniciaría las negociaciones de Paz en la Habana con el gobierno de Colombia. Tras el acuerdo de paz, Londoño se convirtió en el primer presidente de "Comunes", un partido político fundado originalmente bajo el nombre Fuerza Alternativa Revolucionaria del Comun (FARC).

La compañía móvil que nos cuidó esos primeros días era la misma que protegía al Mono, se llamaba Juan José Rondón. Eran guerrilleros con experiencia, llevaban quince o veinte años en la guerrilla, era gente que sabía lo que hacía. Nos trataban bien, nos daban buena comida, eran amables con nosotros y era llevadero estar con ellos. No sabíamos dónde estábamos, aunque lo sospechábamos. En el campamento teníamos un radiecito en el que escuchábamos emisoras del llano, por eso creíamos que el campamento debía estar ubicado por esa zona. Según yo, estábamos más o menos en el Meta, o un límite entre Guaviare y Mitú. Aunque en la noche se podían sintonizar emisoras de Bogotá y eso nos embolataba.

Más o menos ocho días después de llegar al campamento, trajeron dos compañeros más, un paisa y un pastuso. Nosotros pensábamos que estaban muertos, no sabíamos por qué los traían hasta ese momento. Resultó que ambos se hicieron pasar por heridos y los mandaron al hospital, pero allá en lugar de irse y desaparecerse de Miraflores, se devolvieron a la base a buscar una plata que habían ahorrado y escondido, unos ochocientos mil pesos, allá la milicia los cogió y se los trajo. ¡Los cogieron después de haber estado libres!



*Una de las reuniones en casa de Luz Amparo.*



## IV

*Las reuniones siguieron haciéndose en mi casa, en las noticias no decían que pasaba. Yo no conocía a nadie, pero a todas les abrí la puerta de mi hogar. Cuando no pudimos aguantar más la espera, fuimos a la Policía de Cali, allí nos dijeron que no sabían que había policías oriundos de Cali en Miraflores. Nosotros no podíamos creerlo, cómo le había entregado mi hijo a una institución que ni siquiera sabía a dónde me lo habían mandado. Lo único que nos dijo el teniente ese día es que había que esperar a que llegara una prueba de supervivencia.*

*Unos días después apareció Sabogal en la casa, dijo que no sabía nada de Pablo, él había salido porque estaba herido. Dos días después salió la lista de secuestrados, ahí*

*aparecía el nombre de Pablo, decían que estaba herido. No entendía entonces por qué estaba allá y no acá, como Sabogal. Tenía mucho miedo por él, me preguntaba si les darían comida, cómo estaría el clima y si había posibilidad de que me lo hubieran matado. No sabía por qué lo retenía la guerrilla, luego entendí que lo que pedían era un canje. Ellos querían que las familias se asociaran y ayudaran a que el canje se hiciera lo más rápido posible. En medio de esas noticias y del corre corre que vivimos esos primeros días, terminé por desmayarme a la semana, al igual que otras madres. Era inevitable, no sólo estábamos corriendo de un lado al otro, sino que la angustia, al menos a mí, no me permitía ni siquiera comer.*

*Como no nos daban respuestas desde Bogotá, nos organizamos y salimos un día uniformadas con camiseta blanca a la Plaza de Caicedo pidiendo plata para viajar a preguntar por nuestras familias. En esa concentración había mamás de diferentes tomas, la toma de Patascoy que había sido el 21 de diciembre del 97, la de El Billar que se hizo el 01 de marzo del 98 y la de la Uribe, que la habían hecho el mismo 04 de agosto. Éramos de distintas edades, con hijos en distintas partes, pero todas olvidadas por el Gobierno. Justo al día siguiente recibimos la llamada del General Leonardo Gallego, director de*

*Antinarcóticos, me pidió reunir a todas las madres en el aeropuerto para que ellos mismos nos trasladaran a Bogotá. Y así, la primera vez que volé fue en una avioneta de la Policía.*

*Llegamos al frío impresionante de Bogotá, nos llevaron a un lugar a dejar las maletas y luego a la reunión, que era en un salón aún más frío donde se me desmayaron dos mamás, y eso que ni había llegado el general. Cuando llegó, de solo verle la cara supe que nos iban a jalar de las orejas, así que solo dejamos que hablara. Empezó a decirnos que estaba muy triste y que no entendía por qué nosotras, la familia antinarcóticos, estábamos pidiendo dinero en la calle. Me tocó ya hablar cuando pidió explicación del hecho. Lo único que pude responder es que éramos pobres, pero queríamos respuestas, que, así como habíamos enviado a nuestros hijos por una libreta y sin una sola calza en una muela, esperábamos tenerlos de regreso enteritos y sanos. Y en el intermedio, al menos saber algo de ellos. Nuevamente nos dijo que éramos su familia y que no nos dejarían solas y que, a partir de ahora, dependíamos de ellos. Luego nos dijo que esperaba que eso no se volviera a repetir y nuevamente nos pidió comprensión, esta vez añadiendo que si pasaban dos años y no había pruebas de supervivencia, nuestros hijos pasarían a ser desaparecidos. En ese momen-*

*to, nos entregarían a las madres un reconocimiento por su labor. Todas nos pusimos a llorar.*

*La Policía puso psicólogas para el caso de cada mamá y como este es el país del divino niño, también un padre que nos ayudara en la parte espiritual. Así, empezaron a realizarse misas en diferentes partes de la ciudad. También se hicieron salidas, como a Buga. Una vez la institución organizó un almuerzo para que todas se conocieran, esto era para calmar a la gente. Los gastos corrían por la institución, pero con un hijo en peligro no había quién disfrutara de eso, las madres asistían porque pensaban que allí iban a encontrar más información o que en alguno de esos eventos se encontrarían a un alto mando a quien preguntarle sobre los secuestrados.*

*En ese momento, por el egoísmo que uno siente al tener ese dolor vivo, no entendía por qué no los iban a rescatar. Ya luego, en conversaciones con Pablo, entré en razón y supe que un rescate es muy complejo, es como dejar la vida a la suerte. Para sacar a las personas tendrían que llegar helicópteros o aviones rafagando y en el suelo están ambos bandos. Si el bombazo cae encima del campamento, ahí quedaron enterrados buenos y malos, se salva el que más corra.*



*Uno de los compañeros de Pablo escribiendo una carta.*



# Capítulo cinco: El bombardeo

A veces cuando escribo voy recordando cosas que he dejado pasar, un recuerdo me trae otro y así. Hasta ahora, se me había olvidado hablar de Coco, la perrita que teníamos en la base. Ella, al igual que nosotros, padeció la toma y nos acompañó en el viaje en lancha selva adentro. Fue nuestra compañía por mucho tiempo. Nos quería a nosotros más que a la gente de la guerrilla, a ellos siempre les ladraba furiosa. En medio de los árboles la veíamos correr y saltar sobre los troncos caídos hasta el día que nos bombardearon.

A los quince o veinte días de haber llegado, nos cambiaron de campamento. Nos dividieron en dos grupos, a un lado dejaron a los cuadros de mando –oficiales y suboficiales– y al otro lado a los auxiliares. Los guerrilleros asumían que solo los cuadros de mando tenían ideas y daban órdenes, que sin una cabeza los otros no seríamos capaces de hacer algo, por eso nos separaron así. De

## El bombardeo

hecho, esa es una idea que se ha mantenido dentro del imaginario de la gente, que los subordinados somos como unos zombies que sólo acatan órdenes sin chistar.

El segundo campamento estaba ubicado a doscientos metros del primer campamento al que llegamos, y ese primero fue dividido en tres campamentos más pequeños alejados entre sí. La distancia no era mucha, pero la espesura de la selva no nos permitía vernos unos a otros, sin embargo escuchábamos risas que se filtraban en el silencio y por eso sabíamos que estábamos cerca. En el monte el sonido se riega mucho. Los campamentos estaban rodeados por unas cercas como las que usan para encerrar el ganado y en las esquinas ponían una velita para mejorar la iluminación. Esas velas nos hacían sentir como si nos estuvieran velando en vida y, sin saberlo, por poco nos sentencian a muerte.

El campamento tenía forma de pirámide: en el centro había un tronco alto y en el perímetro alrededor del tronco, a dos o tres metros, otros cuatro troncos que sostenían el plástico y formaban una especie de cuadrado. En la selva el clima siempre es húmedo, siempre está lloviendo sin importar si es invierno o verano, porque sí, en la selva hay estaciones, entonces aunque el plástico nos protegía de la lluvia, no del viento y el frío. Para dormir, guindábamos las hamacas militares que nos habían dado, estaban hechas de material impermeable y traían toldillo que nos protegía, aunque fuera un poco, de los incansables mosquitos selváticos.

Al cambiar de campamento, también hicieron cambio de personal. La gente del Mono se fue y llegó la compañía

móvil Jacobo Fridas Palomé. A diferencia de la compañía Juan José Rondón, los Jacobo eran rasos, muy campesinos, gente sin educación y con una doctrina guerrillera muy marcada. El trato que nos daban pasó a ser casi que inhumano. Yo creo que a ellos les pintaron que nosotros éramos el putas, que no íbamos a dudar en escaparnos y por eso nos trataban como la mierda. La comida también cambió para mal. Era lo de siempre: arveja, frijol, lenteja o espagueti, pero con una preparación terrible. El sabor era desagradable y también disminuyeron las porciones, así que siempre quedábamos con hambre en el almuerzo. Mientras que con los Juan José Rondón en el desayuno comíamos arepa de harina o un envuelto en forma de triángulo que se llama "Tungo" y a los que nos levantábamos a las cinco nos ofrecían tinto, con los Jacobo no hubo más cafecito para los madrugadores. Las idas al baño, que en los campamentos le llamábamos chonto, también se limitaron. Antes solo gritábamos "chonto" y nos llevaban de una, pero con esta nueva compañía sólo nos llevaban cuando ya éramos cuatro o cinco los que queríamos ir al baño.

Las muchachas encargadas de llevarnos la comida eran las mujeres de dos capitanes de alto rango. Dos compañeros les coqueteaban y pretendían cuadrar una cita con ellas para sacarles información y poder escapar del campamento, pero el día de la dichosa cita, las viejas nunca llegaron. Los duros de la guerrilla se habían pillado lo que ocurría. A mis compañeros no les dijeron nada, nunca entendí por qué. A ellas no las volvimos a ver. Pensamos que las habían desaparecido, sólo tiempo después nos enteramos de que las mandaron a reentrenamiento.

En el segundo campamento casi todos éramos pelados de diecinueve o veinte años. Al ser jóvenes, los problemas nos pesaban menos. La actitud de los cuadros de mando era muy diferente, los veíamos serios, cabizbajos. Tener 20 años hacía la vida más ligera. La juventud es una etapa muy linda, creo que aun en medio de un incendio un grupo de muchachos sería capaz de recochar y encontrar razones para reír. Esa fue la ventaja de que nos secuestraran en grupo, que las cosas no nos afectaron como debieron, la inmadurez no nos dejaba dimensionar la gravedad del problema. Un problema, ni el berraco, nos podíamos morir.

Hablar tomó el protagonismo de nuestra cotidianidad. No teníamos nada para leer, no teníamos prensa o novelas, solo teníamos el radiecito que prendían a ciertas horas del día y un televisor, pero ese televisor era como tener hambre y ver un pan en una vitrina, porque nunca lo encendían. Al final llegamos a la conclusión de que lo tenían ahí solo para torturarnos. El aburrimiento era tan grande que sólo nos quedaba hablar y hacer ejercicio. Día y noche hable que hable, nunca parábamos. Así, los problemas se fueron camuflando, nos fuimos adaptando a la situación. A veces nos reíamos pensando que nos dejaran veinte años como los prisioneros de Vietnam, claro, lo decíamos como una broma floja de algo que parecía imposible, pero en realidad lo que más nos preocupaba eran nuestras familias, que ellos estuvieran pensando que estábamos muertos y nosotros ahí tomando café haciendo chistes bobos. Pensar en la incertidumbre que ellos vivían era muy doloroso. Por eso, para distraernos y mantenernos físicamente activos, teníamos unos tronquitos que nos servían de gimnasio. También hacíamos sentadillas y

flexiones. A pesar de mi herida, yo procuraba no quedarme quieto, el ejercicio nos ayudaba a matar las horas y a estar más saludables.

Una noche, por los días de amor y amistad, a eso del quince o dieciséis de septiembre, la guerrilla empezó a pedirnos que hiciéramos silencio. Acallar el ruido de cuarenta personas en medio de una selva es complicado, sobre todo cuando cualquier sonidito se escucha el doble y no falta el payaso que empieza a contar chistes y hace reír a todo el mundo, es como cuando en un velorio piden que se porten bien, prácticamente imposible. Un guerrillero dijo "apaguen las velas", las benditas velas, pero no las apagaron. Y de repente escuchamos un sonido que provenía de un avión llamado el explorador. El explorador no tiene luces, sino que tiene visión nocturna y va buscando cualquier lucecita en medio de la selva, de quien sea ese avión es algo que no sé. "Apague las velas que viene el avión", repitieron de nuevo. Ahí sí las apagaron.

Al día siguiente, mientras hacía mi rutina de ejercicio diaria, escuché un avión más cerca de lo habitual. De inmediato, me detuve y miré el cielo, un C47, bien armado, estaba pasando muy cerca de nosotros. Volteé a ver a mis compañeros buscando respuestas en sus rostros, pero ninguno sabía qué hacer. Yo llegué a pensar que ese avión fantasma, bautizado así por los mismos guerrilleros que cuando los atacaba no lo veían sino solo escuchaban su leve zumbido, venía a rescatarnos. Sin embargo, siguió de largo. Cuando lo hizo, sentí una especie de vacío en el pecho, una pequeña esperanza se había hinchado de repente y pero así mismo había desaparecido. Mis compañeros se veían igual, tenían los hombros

caídos y poco a poco cada uno volvía a lo que estaba haciendo antes de escuchar el avión. Yo me quedé viendo, no sé por qué, a pesar de la desilusión, pensaba que podía devolverse. Y eso fue exactamente lo que pasó, cuando ya estaba bastante lejos, el avión dió la vuelta y a su lado vimos aparecer dos OV-10, unas aeronaves de combate viejísimas que Estados Unidos le había prestado a Colombia. Cuando los vimos aparecer, mi cuerpo entró en estado de alerta, sabía que los OV-10 se usaban para disparar campamentos de la guerrilla y reconocerlos era muy sencillo porque sonaban durísimo. Empecé a mirar a los guerrilleros que estaban cerca, ellos también estaban nerviosos. No podían dejar de ver, como nosotros, el cielo. Sin embargo, no nos daban la orden de evacuar, creo que al igual que nosotros esperábamos permiso para correr, ellos estaban obligados a esperar porque sus comandantes no estaban. Sin embargo, cuando el avión estaba prácticamente sobre nosotros, por fin gritaron ¡corran! Como pude, me calcé las botas y salí corriendo a pesar de mi herida. El avión todavía no estaba sobre nosotros, pero ya había lanzado la primera bomba, pues las disparan con antelación para calcular la zona donde va a impactar. Eran bombas de trescientas libras, al explotar la primera, vi cómo un compañero salía volando por los aires. Nos tiraron nueve así.

Todo sucedió muy rápido, sólo al contar la historia me doy cuenta de lo que pasó ese día. La guerrilla estaba tan asustada como nosotros, recuerdo que incluso unas guerrilleras se quedaron pasmadas al ver caer la bomba y algunos compañeros las cargamos al hombro para salvarlas. Fue un instinto, actuamos en automático. A veces la gente me pregunta si no pensé en escaparme en ese mo-

mento, pero la verdad es que no podía pensar en nada más que en correr. En ese momento ni siquiera existía una diferencia entre ellos y nosotros, todos íbamos detrás del otro. Corra, polocho, corra que la bomba no conoce uniforme, me gritó uno de ellos, esa frase no se me ha olvidado. Creo que nunca había corrido tanto en mi vida, yo solo seguía y seguía mientras el zumbido del fantasma, las bombas y las ametralladoras quedaban atrás.

Cuando ya nos sentimos lo suficientemente lejos dejamos de correr y terminamos todos agrupados en un mismo sitio. Yo supongo que los aviones no nos veían por los árboles, de lo contrario nos habrían seguido. Ese fue el problema, la guerrilla se había confiado y había talado muchos árboles para asentar el campamento. Una zona al descubierto en medio de la selva por supuesto que era obra del hombre, y los aviones no tardarían en encontrarlo como fue el caso. Desde donde estábamos podíamos escuchar muy a lo lejos al avión fantasma ametrallando el campamento. El sonido de las balas continuó por unos veinte minutos. Al detenerse y después de un tiempo prudente, decidimos regresar.

El terreno de la selva es muy irregular, correr es muy difícil y, aún así, habíamos llegado muy lejos en cuestión de minutos. Heridos, cojos, enfermos, todos llegamos empuñados en salvar la vida. En cambio, regresar a lo que quedaba del campamento nos costó, nos demoramos cuarenta minutos caminando de regreso. No me explico cómo nos alejamos tanto, pero claro, nos motivaba una bomba de trescientas libras que podía caernos encima. Al llegar al lugar, no quedaba nada, todo estaba devastado, sólo un hueco profundo en la tierra.

## El bombardeo

Pero bueno, empecé a contar esta historia por Coco, la perrita que también quedó herida en el bombardeo. Verla fue muy doloroso, estaba temblando y tenía incrustado un pedazo de lata en medio de las costillas, fue la única que salió herida del bombardeo. Los días que vinieron después, nos hacíamos pasar por enfermos para que la guerrilla nos diera antibióticos y dárselos a Coco. No sé si la guerrilla se enteró de lo que estábamos haciendo, pero cuando la herida de Coco se engusanó, nos dieron un líquido morado para curar heridas de caballos que la sanó rápidamente. Fue un alivio.



*Luz Amparo en una de sus visitas a los compamentos.*



## V

*A finales del 98, yo me había hecho muy cercana a Marleny Orjuela, una prima de uno de los secuestrados en la toma de Miraflores. En septiembre de ese año Marleny fundó la Asociación de Familiares de Policías y Militares Secuestrados por la Guerrilla (Asfamipaz), a partir de ese momento empezamos a tratar de establecer contacto con la guerrilla y el Estado. Al presidente le habíamos enviado hace meses una carta, pero hasta ese momento no nos había contestado. A “Tirofijo” le enviamos luego un fax pidiéndole que nos atendiera.*

*Un día cualquiera, a mí me timbra el teléfono fijo, al otro lado de la línea escucho: Buena tarde, doña Luz Amparo, yo soy Manuel Marulanda, por favor presentarse a las*

7:00 a.m en la zona de distensión, ni un minuto más, ni un minuto menos. Nos dijo que buscáramos plata para el pasaje y que al llegar allá, nos la devolvían. Yo me quedé tiesa, me senté un rato sin creer lo que estaba pasando. Unos minutos después me entró una llamada de Marleny, a ella también la habían llamado. Y luego llegó la llamada de María Teresa Giraldo, tía de un muchacho secuestrado en la toma Patascoy. Sin saber muy bien qué más hacer, ni a quién más llamar, hicimos lo que nos decían. María Teresa y yo nos fuimos el 06 de diciembre juntas hasta San Vicente, allá nos encontramos a Marleny y a Judith, otra madre. Éramos las cuatro, llegamos allá y nos hospedamos en un hotel, todavía tengo la tarjeta.

A las cuatro de la mañana llegó una camioneta blanca 4x4, Marleny se subió en el puesto de adelante y Judith, María Teresa y yo nos fuimos atrás, asustadas y tomadas de la mano. Empezamos nuestro trayecto y pasamos el río San Vicente, el sol empezó a subir en el cielo y nosotras seguíamos andando a través de esas fincas y del verde del monte. Cuando llegamos al sitio en el que Tirofijo nos había citado eran las 11:05 de la mañana, no había nadie. En un palo de guayaba había un cartel pegado que decía: “Les dije que a las 11:00 a.m. y ustedes no llegaron”.

*Marleny, Judith y María Teresa estaban impactadas, no podían creer lo que estaba pasando. En cambio, yo estaba furiosa, cómo podía salirnos con esto, ese tipo quién se creía. Nosotras no éramos tropa de él. Mientras Marleny intentaba calmarme, llegó Raúl Reyes y dijo que nos iba a ubicar para esperar una nueva orden. Nos llevó en su camioneta hasta una casa en La Macarena, allí dio la orden de atendernos y de matar una gallina porque debíamos estar cansadas del viaje y con hambre, y me les dan donde dormir, dijo. Después de almorzar, salimos de la casa y nos fuimos a caminar por el monte, ya no nos aguantábamos las lágrimas, era 07 de diciembre, día de velitas y yo no tenía a ninguno de mis hijos a mi lado. Ni al menor, ni al mayor.*

*Al regresar, nos dijeron que teníamos que dormir en unos ranchos que estaban a un lado de la casa principal. Allí era donde dormían los camioneros, en ese tiempo la guerrilla no dejaba pasar a nadie después de las 4:00 p.m. Cuando los detenían, los mandaban a dormir ahí. Y cómo vamos a hacer, le dije yo. Lo único que nos habían dado fue un palo como el que tienen los ganaderos en las fincas para espantar a las culebras por si salía una. La habitación tenía dos camarotes, cada una durmió en una cama. O en todo caso, intentó dormir. Yo no podía dejar de pensar que*

*estábamos en una tierra extraña a merced de esos hombres. Toda la noche llegaron camionetas.*

*Al otro día, bien madrugadas nos levantamos y nos echamos un poco de agua en la cara y nos lavamos como pudimos lo más importante, a las cuatro ya estaba afuera una camioneta pitando para salir. Nos subimos y anduvimos cuatro horas. A las 8:00 a.m., estábamos en los llanos del Llarí. Sentados a un lado de un río pequeño estaba el campamento, había niños jugando al lado del río, gente lavando ropa, pelados, personas con cara de médicos con sus batolas blancas. Desde afuera nos preguntaron qué queríamos de tomar: agua, tinto o aromática. Yo les pedí agua, me dieron una botellita de agua Cristal, tenían un montón.*

*Luego, un poco más allá, por fin nos bajamos de la camioneta. Allí estaban los tres: Marulanda, Umaña y el Mono Jojoy. Todo el mundo en Colombia buscándolos y nosotras los teníamos ahí al frente sentados. Nosotras caminamos hasta las sillas Rimax que estaban al frente de ellos. Cuéntenos por qué quieren dialogar con nosotros, dijeron. Entonces Marleny sacó una carta con los nombres de los hijos secuestrados y les dijo que ellos tenían a la gente de nosotros en su poder y que las mamás estaban empezando*

*a enfermarse. A la media hora empezaron a llegar platos de mamona, era 08 de diciembre, pero ninguna de nosotras comimos. Nos dijeron que nos entendían, que al igual que nosotras, ellos también eran pueblo. Los soldados que tenían, sabían que eran hombres pobres que enviaban a luchar, mientras que los altos mandos y quienes daban las órdenes se quedaban sentados y protegidos. Después de mucho hablar, yo me animé a hacerle una pregunta: Colombia es un país muy rico, hay gente que tiene mucha plata, dígame cuánta plata es la que necesitan para que me dejen llevarme a mis muchachos. Marulanda se quedó mirándome y de repente se levantó, vino abrazarme y me dijo: nosotros somos pueblo y ustedes también, este es un problema de las instituciones, así que no me diga eso porque lo que quiero es un canje. Eso sí, mi señora, le confieso que si nosotros no nos ponemos las pilas, los muertos habríamos sido nosotros porque esos muchachos combatieron con mucha verraquera.*

*El compromiso de ese día fue recibir pruebas de supervivencia lo más pronto posible para pasar la navidad tranquilas. Luego, escogieron a dos representantes para seguir en contacto, la primera en ser elegida fue Marleny, pues ella podía ir a Bogotá sin problema, la segunda fue María Teresa, pero ella dijo que no era conveniente, pues tenía*

*varios problemas de salud. Así que la que quedó encargada fui yo. Ese día nos fuimos y quedamos con una cita para recoger las pruebas de supervivencia el 22 de diciembre.*



Collage: los recuerdos de Pablo.



## Capítulo seis: Lo alto y lo bajo

El campamento se había convertido en un gran espacio vacío, era como llegar a la grama de un estadio, un círculo enorme y deforestado. La selva suele ser muy oscura por la cantidad de árboles que no dejan pasar la luz del sol, pero ahora podíamos sentir los rayos acariciándonos la coronilla y la espalda. Bajo nuestros pies un colchón de hojas de más de medio metro recibía nuestros pasos, poco o nada había sobrevivido, el plástico de la carpa del campamento parecía un colador, estaba todo perforado; irónicamente, el televisor que nunca encendieron estaba intacto.

Yo no sé cómo, pero a mediodía ellos llegaron con almuerso a pesar de que todas las ollas habían desaparecido con el bombardeo. Supongo que había otro campamento cerca. Todos seguíamos muy asustados y a la espera de órdenes de los comandantes. Luego, mientras almorzábamos, empezamos a enumerarnos y nos dimos

cuenta de que faltaban cuatro compañeros, dos de Buenaventura, uno de Tuluá y el otro del Cauca.

Los guerrilleros empezaron a disparar al aire para que los que no estaban pudieran reunirse con nosotros y, a eso de dos horas, los que faltaban, regresaron. Dijeron que se habían perdido pero que el sonido de los disparos les había ayudado a ubicarse, sin embargo, la verdad detrás de la historia era totalmente distinta. En medio del bombardeo, los cuatro aprovecharon la oportunidad para escapar, la zona en la que nos encontrábamos estaba rodeada por afluentes de río y, para poder avanzar, era necesario atravesarlos. Los de Buenaventura y el de Tuluá eran nadadores expertos, pero el del Cauca era un ladrillo, si se lanzaba al agua de una se hundía. Así, cuando se encontraron con un río ancho les tocó devolverse por el lastre del caucaño. Honestamente, yo creo que no hubiesen llegado muy lejos, toda esa zona es de mucha guerrilla y en cualquier momento los hubiesen encontrado y matado. Y si no los mataban, las mismas condiciones de la selva los hubiesen acabado.

A eso de las seis de la tarde de ese mismo día, nos empezaron a trasladar sin decir mucho más. Nos subieron a una lancha y nos taparon con un plástico. Así era siempre, nunca nos explicaban nada, las cosas sólo iban pasando. Tal como la primera vez, empezaron a darnos vueltas para despistarnos, con tanta volteadera ese día habremos avanzado por mucho tres kilómetros. Como era de noche, de a ratos prendían una lámpara para guiarse en medio de la oscuridad, yo sólo pensaba que ese chorro de luz era muy evidente a lo lejos y que nos arriesgábamos a otra balacera aérea.

Cuando volvimos a pisar tierra nos tocó ayudar a armar el campamento. Se supone que los prisioneros de guerra no deben trabajar y su bienestar es lo primordial, se supone, pero no teníamos otra opción, a fin de cuentas el campamento era para nosotros mismos. Tras el bombardeo, no sólo nosotros estábamos asustados, la misma guerrilla empezó a ser más cuidadosa. Por eso, esta vez no tumbaron tanta vegetación como antes y, como resultado, el campamento era muy oscuro. La luz del sol no entraba y un olor a cañería, que salía del barro que se pudría con la humedad de la selva, impregnaba el ambiente. Fue uno de los peores lugares en los que estuvimos. La comida que nos llegaba era escasa y apenas estaba cocida, la mayoría de veces no podíamos comerla, el espagueti parecía engrudo y lo único que mi estómago podía soportar era el arroz. Así que hicimos un hueco como de ocho metros en dónde botábamos los montones de comida que no encontraban doliente.

Ahí me di cuenta que, a pesar de que uno de los discursos más fuertes de la guerrilla era el trabajo horizontal, no había mucha horizontalidad en la selva. Los comandantes, las compañías de alto rango, los "duros duros", nunca hubiesen estado sometidos a tales condiciones, pero como estos guerrilleros eran los de abajo qué importaba lo que les pasara, era más bulla la que hacían que realidades. Intentamos solucionar las cosas muchas veces quejándonos, pero esta era una compañía rasa, diferente a la Juan José Rondón. Se notaba en la carpa que tenía el enfermero, toda rota y sucia. A los heridos nos mandaban allí, a mí por la herida me aplicaban penicilina y gentamicina y me tenían en una casita para que la herida no se rozara con la hamaca. Así que cuando

estuve mejor, le regalé la carpa al enfermero, a cambio, le pedí que me pusiera complejo B. Sabía que, si nuestras quejas no eran escuchadas, lo más probable es que él ni siquiera pudiera intentarlo.

Durante ese tiempo tuvimos que aguantar hambre y el poco cuidado que habíamos intentado mantener bajo las circunstancias se fue volviendo inútil. Empezamos a contar los cuadritos del rollo de papel higiénico que nos dieron sin saber cuándo volveríamos a recibir uno nuevo. A mí por fortuna no se me acabó, pero a quienes se les acabó, les tocó empezar a usar las hojas del periódico y después, las hojas de los árboles. Por supuesto, las infecciones no dieron espera. Era irónico pensar que muchos compañeros llevaban en sus bolsillos un millón de pesos, trozos de papel que resultaban inservibles frente a la falta de papel higiénico en una inmensa selva. Fue horrible, eran cosas que uno da por sentado en la vida y que hacen mucha falta cuando no están. Sin embargo, si me preguntan qué era lo más difícil del monte, pienso en las enfermedades y en los momentos que tuvimos que vivir enfermos o heridos. En especial en esas semanas que siguieron al bombardeo del primer campamento. Tras la caída de la bomba y de la onda expansiva, varios compañeros empezaron a enfermarse y a sufrir de dolores abdominales y de diarrea. La gente de la guerrilla al ver la naturaleza de los síntomas, llegó a la conclusión de que se habían descuajado. Para mí fue muy extraño escuchar eso, pues creía que los únicos que se descuajaban eran los niños, pero no, allá vi las consecuencias de la onda expansiva: cuerpos descuajados, órganos desacomodados y hombres con un pie más arriba que el otro.

Afortunadamente para ellos, existía un tratamiento: las personas afectadas eran colgadas de los árboles y en esa posición, se les sobaba la barriga. Después, duraban algunos días con un trapo amarrado a la cintura. Yo no sé si había ciencia detrás de eso, al principio me daba risa el supuesto tratamiento, pero lo cierto es que sí se curaron. En cambio, a los que la onda nos reventó el tímpano, no nos quedó tratamiento ni cura. Nada nos devolvería nunca más la audición que teníamos antes de enlistarnos en la Policía.

Cuando septiembre estaba a punto de terminar, empezaron a llegar los micos. Si los árboles se mueven y saltan pequeñas criaturas de un lado al otro, es porque el paludismo está cerca. Poco a poco los compañeros empezaron a enfermarse, cuando me tocó a mí fue muy duro. Hay distintos tipos de paludismo, a mí me dio el cerebral, de él se desprende un dolor de cabeza indescriptible y mucha fiebre. Allá en la selva, se trata con "alfán". Me acuerdo mucho del enfermero que me cuidó esos días, como todavía tenía la herida abierta, todos los días iba a que me revisara dos o tres veces al día. Así que terminamos por volvernos amigos, cuando me dio paludismo, mi estómago vomitaba todo. Entonces, Luis, que así se llamaba, iba a buscar pescado y me hacía caldo en una ollita chiquitica. Todo lo demás lo vomitaba, en especial lo sólido. A veces también el caldo, pero siempre voy a agradecerle por ese gesto.

Por esas mismas fechas, el veintiséis de septiembre de 1998 sale por fin a la luz el listado de los cincuenta y seis policías que estábamos secuestrados, ese día nuestra mamás supieron que estábamos vivos. Sentimos mucha alegría y

alivio, a pesar de que no tenían noticias de nuestro estado de salud y condiciones, al menos sabían que no habíamos muerto. En la radio nunca se supo nada del bombardeo, La Fuerza Aérea Colombiana suele bombardear muchas zonas sin importar quienes puedan salir heridos a su paso, dónde sea que haya una luz en medio de la selva, allá va llegando su bomba, a veces incluso matan compañeros sin darse cuenta. Nosotros, a quienes nos cayó la bomba, no volvimos a ser los mismos. Todos quedamos psicoseados después del bombardeo, cada vez que escuchábamos el sonido de un avión, sentíamos temor. Un compañero incluso salía corriendo al escuchar el avión y entonces la guerrilla tenía que detenerlo. Otras veces, lograba contenerse y buscaba a otro compañero que lo ayudaba a calmarse. Menos mal estos bombardeos no eran de conocimiento público, no me imagino el sufrimiento de las familias al saber que sus seres queridos no solo peligran frente a los guerrilleros, sino también frente a la fuerza pública.

El primero de noviembre nos visitó un comandante, y ese día, particularmente, también llegó mucha guerrilla al campamento. Al principio no entendíamos por qué, luego el comandante nos dejó escuchar su radio, el escaneador, y entendimos que en ese momento se estaba llevando a cabo la toma de Mitú. Nos dejaron escuchar el paso a paso de la toma por el radio de la guerrilla, los guerrilleros celebraban cuando asesinaban a nuestros compañeros y el sentimiento de rabia e impotencia viendo a ese enemigo que nos había arrebatado la libertad celebrar nuestras muertes era muy doloroso. En medio de todo, nosotros esperábamos que nuestros compañeros salieran victoriosos, pero sabíamos que era muy difícil, eran bachi-

lles auxiliares que no manejaban armamento y que no estaban con el ejército. En la radio solo escuchábamos que se habían bajado a muchos de nuestros compañeros, pero no decían un número exacto. Finalmente ellos fueron capturados y entre esos habían cogido al coronel Mendieta, un coronel de peso, la guerrilla creía que con esta nueva ficha iba a lograr ejercer más presión y el gobierno iba empezar a ceder.

El seis de noviembre nos dijeron que iríamos a caminar, pero nuevamente, no nos dijeron hacia dónde. Nos amarraron los brazos y también el cuello, el nudo quedaba atrás, literal como cuando sacan a pasear a un perro, pero en este caso nosotros éramos los perros. Íbamos caminando en fila e intercalados: guerrillero, policía, guerrillero... El camino fue en total silencio porque no podíamos hablar con nadie. Cada uno llevaba una carga como de diez libras de comida, más nuestras pertenencias básicas. El equipo era muy pesado, los hombros dolían mucho y el pecho también, yo sentía como si se me fueran a abrir las costillas de lo mucho que tallaban las tiras por el mismo peso. Las caminatas eran muy largas y a paso militar, andábamos desde las ocho de la mañana hasta el mediodía y de una a cuatro de la tarde. Al pasar una hora caminando, parábamos y descansábamos cinco minutos, tomábamos agua o frutiño. Si era hora de almuerzo, comíamos, reposábamos y seguíamos hasta las cuatro, cuando ya empezábamos a armar la dormida. Por la noche no nos dejaban armar fogatas ni nada, nos daban una linterna para guindar la hamaca si era posible, o si no, tirábamos una casita y dormíamos varios en el piso, al lado de las culebras, los escorpiones, las hormigas, las larvas peludas que provocan alergia y quién sabe cuántos bichos

venenosos más. Por fortuna, para ese momento la herida de mi pierna ya había cicatrizado, así que fue mucho más fácil lidiar con el entorno.

Ignorando todo lo doloroso que vivimos, los paisajes, caños, ríos, cascadas y acantilados eran maravillosos, disfruté mucho de todos ellos. Ví cosas que a veces uno cree que solo salen en esos programas de televisión de la naturaleza, cómo un río clarito se conecta con uno de color o cómo la tinta que sueltan las hojas de los árboles al descomponerse tiñe el río de rojo. En el camino, vimos un río vinotinto que asumimos era el río Meta. Siempre estábamos pendientes de estos detalles porque queríamos saber dónde estábamos. En ese momento, creo que íbamos hacia Caquetá, llegando a los llanos del Yarí.

Lo que las personas no saben, y que descubrí con sorpresa estando secuestrado, es que la selva alumbrá. Cuando las hojas caídas de los árboles se descomponen en el suelo, absorben luz y alumbran. También los animalitos cazan con su propia luz, los gusanos brillan en la oscuridad y también brilla la savia de los árboles. La selva alumbrá. Hace algunos años vi Avatar, la película, al verla no podía sino recordar mi experiencia en la selva. Allá todo tiene un sentido, todo está organizado. No se necesita del ser humano, al contrario, cuando el hombre llega, destruye todo a su paso.



*Marleny y Manuel Marulanda.*



## VI

*El 22 de diciembre viajamos de nuevo al Caguán, pero esta vez no nos hicieron ir tan lejos, llegamos a un plano al lado de unos pozos. El mono, así le decía yo, estaba allí con su tropa. De inmediato, unas mujeres muy hermosas de cabellos largos nos trajeron un paquete en el que venían las cartas y los vídeos. Mono, ¿nos trajo los vídeos?, le pregunté emocionada cuando recibí el paquete. Él no hacía sino decirme revise, madre, revise. Al tocar el paquete, me di cuenta de que estaba mojado, me preocupé un poco, pero pronto me di cuenta de que las cartas estaban en perfecto estado, apenas un poco dobladas por la humedad. Yo no lo podía creer, ahí estaban, no me estaba mintiendo. Cuando le pregunté por qué venían mojadas, me dijo que venían desde río arriba. Eso quería decir que los muchachos estaban aún más lejos que el sitio al que yo había ido.*

*Ese día salimos, nos devolvimos y cité una reunión urgente con las mamás para entregarles las cartas. Ese diciembre lo pasamos tranquilas, pero no hubo fiestas, ni celebraciones. Sin embargo, en esas cartas nos llegó la noticia de que todos los días a las cinco de la mañana, antes del desayuno empezaban el día escuchando “La carrilera de las cinco”, un programa de música que se transmitía en Antena Dos. Cuando nos enteramos de eso, Gloria Patricia y yo fuimos a la emisora y le pedimos a Nelson Moreno y Hernando Obando que nos dejaran hablar. Empezamos a enviar mensajes todos los días, con el tiempo ya no íbamos hasta la emisora, llamábamos desde nuestra casa. Nos turnábamos con Gloria Patricia para que cada una tuviera la oportunidad de decirle algo. Empezábamos a marcar antes de las 5:00 a.m. y en ocasiones eran las 5:50 a.m. y ya no podíamos enviar el mensaje.*

*Ese año, Gloria Patricia empezó a escribir un libro para Pablo. En el libro escribió todo lo que había ocurrido mientras él estaba metido en la selva. En 1999, a finales del mes de enero, Gloria Patricia le contó a Pablo los rezagos que había dejado en Armenia el terremoto. Los sueños recurrentes que tenía y el miedo que le provocaban. Había sueños que se reproducían recurrentemente, cada noche encajaban nuevas piezas. La carne que había soñado colgada*

*en el monte hacía unos meses ahora aparecía cocida. Otra noche soñó que Pablo se la comía junto a su abuela, que había muerto. Luego se lo soñó caminando en un pantano, subiendo con dificultad las botas que llevaba, intentando cruzar a través de agua muy sucia. Todos esos sueños la preocupaban, no se le ocurría interpretación que fuera buena. O quizás, era al revés, vivía todo el día preocupada y por eso en las noches tenía esos sueños. Para intentar sobrellevar los días, empezaba cada hoja escribiendo lo que sentía y lo que esperaba que pasara ese mes.*



## **Capítulo siete: Ellos arriba y nosotros abajo**

Llegamos a un campamento en un terreno menos selvático y mucho más cálido. Lo más seguro es que estuviésemos ubicados dentro de la zona de distensión, una zona de despeje otorgada a la guerrilla durante el fallido proceso de paz con Pastrana. Allí ya no veíamos aviones de la fuerza aérea sobrevolando, ese territorio era de total dominio de la guerrilla y se había prohibido que rondaran por ahí, lo cual nos daba un poco de tranquilidad frente a otro posible bombardeo. Empezó a entrar más comida, licor, personal e incluso armamento. Por esas fechas entraron cien mil fusiles a la zona, lo único que les faltaba era etiqueta, pero de lejos podía verse que estaban nuevecitos. Nunca se supo cómo fue que la guerrilla empezó a disfrutar de tantas comodidades, lo que comentaban los medios y la gente era que Pastrana les había regalado el país, ese fue el espectáculo del momento, todo un show televisivo.

Allí conocimos algunos líderes de las FARC de varios países de Latinoamérica. Uno de los que más recuerdo, porque se parecía un poco al Ché Guevara, era un comandante de México gordísimo, siempre iba vestido de negro y con una boina roja, le apodamos El botija, como el de chespirito. Veíamos comandantes ir y venir como si se tratara de un desfile, sabíamos de su rango porque siempre iban rodeados de escoltas y la gente corría a atenderlos. Mientras tanto, ellos nos miraban a nosotros como si fuéramos animales de zoológico. Al ejército, muy por el contrario, nunca lo vimos o escuchamos. Nos quedamos esperando que llegaran en batallón a salvarnos. Esa era la imagen que tenía yo del Estado y su Ejército, figuras muy fuertes y dispuestas a proteger a su pueblo y llegar hasta la última instancia, pero no. Se suponía que nos buscaban, pero seguramente nos buscaban sentados desde su escritorio mirando un mapa, no quedaba duda de la posibilidad que existía de que de repente, por suerte, saltáramos de la ilustración a la realidad. Por supuesto, eso nunca ocurrió. En cambio, con el tiempo nuestro secuestro fue sepultado en el olvido y nos convertimos en un número más. Cien, doscientos, mil secuestrados... Poco o nada empezamos a importar en un país donde el noticiero ya está acostumbrado a contar muertos y luego enterrarlos con el partido del domingo.

El campamento de la zona de distensión era muy amplio y estaba bien construido, tenía una planta eléctrica y suponíamos que estaba muy cerca de algún pueblo porque las cosas llegaban con facilidad, no como en lo profundo del monte en donde no llega ni la mano de Dios. La organización del lugar era estratégica. Los guerrilleros estaban en una lomita desde la cual podían vigilarnos y

nosotros estábamos abajo a orillas de un laguito que quedaba a los pies de la loma. El lago marcó gran parte de nuestra estancia en ese campamento, allí le enseñamos a nadar a los compañeros que no sabían e incluso nadábamos con las botas puestas. En nuestras cabezas empezó a tomar fuerza la idea de huir, así que practicábamos en caso de que se nos presentara la oportunidad.

En un par de ocasiones los guerrilleros nos invitaron a su alto, tenían un salón grande para ver televisión y la primera película que nos dejaron ver fue *Con Air* protagonizada por Nicolas Cage. El trato era mucho mejor, más humano, si es que se puede decir eso en medio de un secuestro. Nuestras peticiones fueron tenidas en cuenta y cuando les comentamos a los guerrilleros que queríamos hacer deporte, nos dijeron que hiciéramos una cancha de vóley. Trabajamos muy duro construyendo la cancha y sacando la arena para preparar el terreno. El resultado fue increíble, creo que fue un trabajo del que nos sentimos verdaderamente orgullosos. Los guerrilleros nos dieron la malla y el balón, y allí jugábamos una o dos veces a la semana.

Las aparentes comodidades habían mejorado nuestras condiciones, pero seguíamos lejos de la libertad. La vida en la selva nos exponía a muchas cosas: animales salvajes, infecciones y enfermedades. La leishmaniasis, por ejemplo, es una enfermedad que solo le da a la gente en la selva, si alguien llega a la ciudad con esto lo más seguro es que sea guerrillero porque no es algo que le dé a las personas de los pueblos. La Leishmaniasis empieza como una llaguita que lentamente empieza a comerse el tejido a su alrededor y sólo se puede tratar con una droga militar que se llama Locatime. El tratamiento consta de veinticin-

co inyecciones, pero muchos guerrilleros no podían curarse ni con cincuenta. Algunos intentaron quemarse la llaga con el cartucho de la escopeta, pero eso tampoco les funcionó. Las cosas con la Leishmaniasis de por sí ya eran complejas y luego apareció mi caso: un zancudo me había picado en un testículo. Cuando le mostré al enfermero ratifiqué que la cosa era grave, pues su rostro estaba casi más desconsolado que el mío. “¿Qué vamos a hacer?”, decía mientras se cogía la cabeza con las manos. Pero tuve suerte, seguí el tratamiento, me limpié la zona con ampicilina y al cabo de unas semanas, me curé. Así, de la Leishmaniasis solo quedó el amargo recuerdo y la cicatriz.

Ese diciembre no pasó desapercibido para nadie. Los guerrilleros ponían música en sus bafles y el bajo de las canciones se esparcía con un fuerte “pum pum” por toda la selva, se emparrandaban por tres o cuatro días y a lo lejos escuchábamos su euforia. Nosotros también vivimos esas fechas a nuestra manera. El día de las velitas partimos una vela y con tres compañeros prendimos cada uno un trocito y rezamos. El veinticuatro de diciembre comimos mamona y nos dieron una cerveza caliente que, enterrándola en el suelo, intenté enfriarla con poco éxito. También pusimos a prueba el mito de que si una cerveza se toma a cucharadas uno se emborracha más rápido, resultó falso.

El veinticinco de diciembre llegó un comandante a decirnos descaradamente que saliéramos bonitos para una foto que nos iban a tomar, como si nosotros estuviéramos en un paseo y no pasando por todo el viacrucis de estar secuestrados. Esa foto, horrible, por cierto, fue la primera prueba de supervivencia que les enviaron a nuestras familias junto a una carta que, aunque fue revisada, así como

en la cárcel, nos permitió comunicarnos con ellos. Además de varias cosas, en la carta le conté a mi mamá que ahí en la selva nos llegaba la señal de una emisora de Cali que se llamaba Antena dos, escuchábamos la cabrilla, la carrilera de las cinco, los deportes, varios de los programas radiales que el radiecito alcanzaba a captar. Fue así cómo mi mamá se las ingenió para contactarme y, a través de un mensaje en el programa de la radio, escuché su voz después de tanto tiempo. La carrilera de las cinco pasó a ser entonces una avalancha de mensajes de madres y familiares de los secuestrados. Voces que nos hacían sentir un poco menos pesada la distancia y la ausencia.

El treinta y uno de diciembre fue particularmente difícil. En la ciudad uno suele quedarse despierto hasta media noche y celebrar con sus seres queridos, pero ahí en el monte, en lo oscuro, no tenía sentido alguno trasnochar. Me di cuenta entonces de los apegos bobos que las personas tenemos con las fechas y las costumbres, escuchaba a los guerrilleros festejar a lo lejos y no podía sino pensar en mi familia, en qué estarían haciendo ellos. Me preguntaba si sus ojos, como los míos, también se llenaban de pena y nostalgia. Seguramente sí me lloraron.

Con los días el campamento se fue desabasteciendo, la carne dejó de llegar y el grano que entraba tenía gorgojos. No sé bien a qué se debía la escasez, pero como teníamos el lago al lado le propusimos al comandante dejarnos pescar, aunque la idea le sonó, no nos dejó pescar a nosotros, mandó a los guerrilleros. A partir de ese momento comimos un montón de animales, pirañas, güios, cachirres, incluso nos dijeron que una vez nos dieron mico, yo la verdad no sé si eso fue cierto. A pesar de que la carencia

Ellos arriba y nosotros abajo

pareció aplacarse, era norma que no podíamos durar mucho tiempo en un campamento y así, como todas las otras veces, sin miramientos y sin aviso, nos trasladaron.



*Luz Amparo y Pablo.*



## VII

*En el 2000 ya habíamos hecho dos tomas, una en el ministerio del interior y en la iglesia del 20 de julio. No salieron muchas cosas de allí, las hacíamos principalmente para seguir en el ojo público y presionar por un acuerdo, pues las cosas parecían detenidas. Mientras estábamos en la iglesia, nos llegó la noticia de que los muchachos se habían volado. De inmediato, empezamos a recibir llamadas de las mamás, nos decían que nos fuéramos, que nos fuéramos a San Vicente para saber si estaban vivos.*

*Pegadas de Dios, Marleny y yo nos fuimos de noche, si hay una carretera a la que yo le tenga miedo de noche es esa. Como ya sabíamos dónde vivía el Mono, buscamos a alguien que nos llevara hasta allá. La casa del Mono tenía*

*un criadero espectacular de cachamas, tenía cultivo de yuca, de papa, de plátano, cilantro, lechuga y maíz. Todo eso era para que las tropas tuvieran con qué alimentarse y salieran bien alimentadas. Él estaba sorprendido de vernos, nos preguntó qué estábamos haciendo allá, cuando le contamos que había gente que se había volado, nos dijo que ya sabía. No podía entregarnos pruebas de supervivencia porque la gente se había movido, pero nos aseguró que no habían matado a ninguno. Él nos dijo que podíamos ir tranquilas, que no le había pasado nada a nadie, nadie estaba muerto, entonces nos devolvimos.*

*Un día, unos estudiantes llegaron a la iglesia del 20 de julio, dijeron que estaban haciendo unas encuestas para la Universidad. Nos preguntaron el nombre, el tiempo que nuestros hijos llevaban secuestrados y lo que haríamos si nos permitieran verlos. De inmediato pensé en la propuesta que le había hecho al Mono una de las veces que fui al Caguán a recoger las pruebas de supervivencia que nos entregaban cada dos meses. Una a una las mamás respondieron que se quedarían, ninguna volvería sin su hijo. Cuando volvimos al Caguán en abril, el Mono nos dijo que había hecho un sondeo. Resulta que los que habían hecho las encuestas no eran estudiantes, eran informantes del Mono. Le dijeron que no se podían*

*llevar a las mamás porque la mayoría respondió que se quedaban. Marleny y yo volvimos nuevamente a Bogotá con las cartas, pero tristes de saber que no podíamos ver a los muchachos.*

*Meses después, al volver al Caguán nos dimos cuenta de que el Mono había estado investigando sobre nosotras y nuestras familias. Sabía que mi esposo era un comerciante de zapatos y que el esposo de Marleny era ingeniero. A mí se me hizo muy raro y le pregunté cómo sabía eso si mi esposo no hacía las botas pantaneras que usaba la guerrilla. El Mono se rió y me preguntó por qué no le había comprado ni un cuadro al vendedor que me mandó. Se me heló el cuerpo. En Cali, después de la toma de la iglesia, apareció un día un vendedor de cuadros al que yo despaché diciéndole que no había plata para comprar esas cosas. Más tarde, ese mismo día, bajé a la tienda a comprar las cositas de la comida. Irene, la señora de la tienda, me preguntó por el vendedor, le había parecido muy sospechoso, pues la única casa a la que se acercó fue a la mía y al salir se fue directo a una camioneta que lo esperaba en la esquina. Por eso cuando el Mono me habló del vendedor yo supe a cuál se refería, era el tipo raro que había señalado doña Irene y que nos dejó tan inquietas.*

*En agosto, una mata de sábila a la que siempre traté con mucho amor, pero se me quedó chiquita, floreció. Eso, según una amiga que tenía un vivero significaba que tendría una sorpresa.*



*Luz Amparo en uno de sus viajes.*



# Capítulo ocho:

## El cajón

Llegamos al nuevo campamento el veintisiete de abril del 99. Caminamos un par de días y el resto lo recorrimos en lancha, en el trayecto nos adentramos más en la selva y el cambio de entorno fue de inmediato evidente. El lugar estaba rodeado por un cañito de agua cristalina y de arena blanquísima en el que se veían pececitos y camarones de río nadando de un lado a otro, serpientes acuáticas que suelen ser mucho más peligrosas que las terrestres y especies extremadamente venenosas como las víboras. El acceso al cañito era complicado desde el campamento por la disposición del terreno, así que, bajo la supervisión de los guerrilleros, adecuamos unas graditas construidas por nosotros mismos. Aprendimos a manejar el hacha y el machete, a trabajar la madera, a diferenciar los troncos que servían de aquellos que no. Construimos sillas, mesas, lo básico. Estas herramientas eran más un peligro para nosotros mismos que las criaturas de allá, todos crecimos en la ciudad, no teníamos ni idea de cómo utilizarlas. Pero poco

a poco fuimos aprendiendo y el arte de crear y construir por nuestra cuenta se convirtió en motivo de orgullo.

Los días transcurrieron como de costumbre. De vez en cuando jugábamos fútbol en una cancha pequeñita que nosotros mismos habíamos adecuado, y seguíamos construyendo anécdotas que nos marcarían para siempre. Entre esas cosas que brillaron durante la estancia en los campamentos están unas tijeritas plegables que hacían de llavero, las llevaba en el bolsillo cuando nos secuestraron y nunca me las quitaron. Las tijeras iban y venían, las usábamos para todo, para desatornillar, cortarnos las uñas, incluso una vez le corté el cabello a un compañero con ellas y luego terminé con ampollas en los dedos. Nunca entendí si los guerrilleros no se daban cuenta o si les parecían inofensivas.

La convivencia con los guerrilleros seguía siendo más o menos la misma, ni buena ni mala. Sin embargo, las dinámicas nos iban mostrando otras caras de la guerrilla. Algunos guerrilleros eran bastante amables, nos hacían favores a cambio de cigarrillos y se mostraban muy agradecidos por el trueque. Muchos guerrilleros estaban allí por convicción, otros porque eran delincuentes intentando huir de la ley, otros habían sido reclutados a la fuerza y les habían amenazado la familia. Y luego estaba uno bien particular, que conseguía todo lo que le pedían un par de nuestros compañeros, parecía le habían lavado el cerebro. Les pasaba el tinto y les corría. Yo creo que hasta les hubiese dado el fusil si se lo hubiesen pedido.

Así nos dimos cuenta de que varios de los guerrilleros reclutados a la fuerza no odiaban a la policía, de hecho,

hablaban con nosotros y hasta nos contaban chistes, muy por el contrario, el odio a la guerrilla les destilaba por los poros, pues ellos no tuvieron otra opción, estaban obligados a estar ahí. Todo eso no significaba, sin embargo, que no hubiese hostilidad hacia nosotros. A veces los guerrilleros nos insultaban o nos rozaban con disparos con la excusa de que el arma se había accionado solita, que había sido un accidente. Incluso, una noche, el guerrillero de turno, alias Pacho, disparó en lo oscuro sin saber siquiera a qué le apuntaba. Inmediatamente se lo llevaron y él se excusó diciendo que estaba borracho, que su tiro fue accidental. Cuando después analizamos la trayectoria de la bala nos dimos cuenta que, de no haber sido por una rama, el disparo hubiese matado a alguno de nosotros.

La vida para los guerrilleros tampoco era sencilla, la tasa de suicidio entre ellos era alta, y los castigos a los que les sometían muchas veces les costaban la vida. En un campamento conocimos a una guerrillera a quien llamaban French Poodle por lo característico de su cabello, solíamos verla a menudo, pero un día, después de que escuchamos un disparo en la noche, no la volvimos a ver. Tiempo después nos enteramos de que ella había asesinado a su pareja, a su socio, como se referían allá, y luego se había disparado a sí misma. Las mujeres llevaban una vida muy dura en los campamentos, cada ocho días se veían obligadas a mantener relaciones sexuales con los guerrilleros, las hacían planificar, abortar si era el caso, eran tratadas como un mero objeto, parecía prostitución. Algunas creaban vínculos estables con su socio, pero si un comandante se enamoraba de ellas lo siguiente es que el socio era enviado a pelear en el frente del combate y lo más seguro era que no volviera.

Los guerrilleros se iban cansando de estar cuidándonos, de traernos comida, de llevarnos al baño, de tener que estar todo el tiempo encima de nosotros. Ellos no eran niños y estaban acostumbrados a un estilo de vida muy diferente, pero el secuestro parecía no tener fin y de nuestra situación poco o nada se había resuelto. La mesa de negociación se había desviado y el punto central se había vuelto la disputa de la guerrilla por el poder. El tema de los secuestrados era importante, claro, pero no era el primero, ni el segundo, ni el tercero. Nuestra liberación se iba dilatando y el gobierno no ofrecía soluciones, dijeron que el canje era imposible por temas legales, que no estaba amparado por la ley. Y así la semilla de escapar, que ya venía creciendo, se asentó de tal manera que empezamos a planear nuestra huida.

Nuestro plan constaba de varios objetos claves que fuimos recolectando sutilmente dentro del campamento mismo: panela, medicamento para el paludismo, unos anzuelos chiquitos, cosas que los mismos guerrilleros nos daban y por los cuales no tendríamos problema, pero el elemento central era una brújula. La brújula la construí con una aguja que había imantado con limadura del imán que estaba dentro del radiecito que teníamos, la agujita la metí dentro de un palito de un bombombum que alguna vez nos dieron y así fue como un inocente palo de bombombum pasó a ser lo que creíamos era nuestro boleto hacia la libertad. En nuestra cabeza el plan tenía sentido y altas posibilidades de éxito. Habíamos escuchado de otros que habían intentado fugarse, pero no coronaban porque se iban a orillas del río, y a orillas siempre está la guerrilla, entonces o los cogían de nuevo o los mataban. Pero nuestro plan era irnos caño abajo para ganarles ca-

mino y luego adentrarnos en la selva guiados por el norte magnético de la brújula, no era seguro dónde llegaríamos, pero a algún lado lejos de los guerrilleros y de ese horrible encierro.

La ilusión, sin embargo, no nos duró demasiado. En ese campamento nos hacían requisas de vez en cuando, nos mandaban a jugar fútbol y al volver encontrábamos todo patas arriba, confiscaron principalmente los mangos de las cucharas porque algunos compañeros los afilaban y los transformaban en una especie de cuchillitos. En una de esas veces que nos mandaron a jugar fútbol nos tuvieron allí hasta muy tarde, supusimos que era otra de las requisas de rutina, pero no entendíamos el porqué de la demora. Al volver, el campamento parecía un cajón. En el tiempo que estuvimos lejos, ordenaron extremar las medidas de seguridad y rodear todo el campamento con tablas, conté 364 tablas de cuatro metros de alto, nos habían quitado la vista del entorno y ahora estábamos muy estrechos. Nos advirtieron que, de tocar las tablas, nos disparaban. Todo se volvió un suplicio, creo que faltó muy poco para que nos tuviesen amarrados.

La razón de las nuevas precauciones fue que, en otro campamento, el capitán Quintero se había escapado. La información nos llegaba a medias, y claro, a los guerrilleros no les convenía que tuviéramos detalles. No supimos cómo, ni cuándo, sólo que se voló. Algunos rumoreaban que se había escapado con otras personas, yo no alcanzaba a entender cómo esa noticia había llegado siquiera a difundirse, lo cierto es que la guerrilla no podía permitir que otros secuestrados se volaran. Con las tablas y la hipervigilancia todo nuestro plan se fue al piso, en medio de

la frustración y el desconsuelo intentábamos ver el vaso medio lleno convenciéndonos de que, de haber escapado, nos habrían asesinado.

Las noticias decían que el capitán se encontraba interno en la selva, a día de hoy sigo preguntándome cómo es que los medios contaban con esa información. Sin embargo, no dejaban de hablar de ello. Con el tiempo, nos fuimos enterando de cómo ocurrieron los hechos. El capitán se había volado con otros soldados, convenció guerrilleros, mató a otros, robó armamento y se dio a la huida. Por eso las medidas fueron tan extremas, nos aislaron totalmente del exterior, nos empezaron a dar menos tiempo para asearnos, menos comida, menos agua, nos mandaban a dormir como a las gallinas: a las seis ya todos teníamos que estar acostados y, por supuesto, ya no nos dirigían la palabra. Las tablas, sin embargo, eran una medida absurda, el personal seguía siendo el mismo y, después de todo, ellos eran el principal filtro de seguridad, las tablas eran más un símbolo de represión, en un lenguaje físico nos decían “aquí mandamos nosotros y ustedes no”.

En el cajón matábamos las horas de encierro a punta de juegos de mesa y vistazos al cielo. Teníamos un parqués, dominó, ajedrez y unas cartas. Ahora ya no puedo ver un juego de mesa porque se me dispara el hastío. En aquellos años de secuestro tuve, literalmente, suficiente para toda la vida. La convivencia entre nosotros se fue haciendo demasiado tensa, el estrés del doble encierro se empezó a traducir en alegatos bobos, en peleas por la cantidad de comida, por el espacio, por si me miró, si dijo o no. En fin, pendejadas. Cuando se formaban riñas entre compañeros los castigaban sacándolos del campamento

y amarrándolos a un árbol. No los dejaban aguantando hambre, pero sí duraban totalmente aislados tres o cinco días.

Y entonces, cuando creímos que las cosas no podían empeorar, nos enteramos del asesinato del capitán Quintero. Los medios recriminaron al ejército por no haber hecho ni lo más mínimo para ayudar al capitán, no planearon un operativo, nada, lo dejaron morir a manos de la guerrilla. Lo más desconsolador es que el capitán coronó en su huida, pero él y las personas con las que iba llegaron a un pueblo controlado por la guerrilla y allí los acribillaron. La noticia tuvo revuelo un par de días, pero luego volvió al olvido, así, el capitán murió también en la mente de las personas.

La pérdida del capitán nos dejó los ánimos en el suelo, muchos lo conocíamos, habíamos trabajado con él, saber que su huida tuvo éxito a medias fue un golpe muy duro. El pesimismo permeó todo el ambiente, la esperanza de ser libres se extinguía cada vez más. Al final, la única máxima que tuvimos fue la de vivir un día a la vez.



## VIII

*En septiembre nos avisaron que íbamos a ver a los muchachos. El mono nos dio la noticia cuando llegamos, nos dijo que íbamos a entrar con Marleny y un periodista. Al principio a mí me dio mucho miedo, hasta ese momento nos habían pedido mucha discreción y tenía miedo de que el periodista abriera la boca. El mono, confiado, nos respondió que él sabía que no podía hacerlo. Nos dijo que alistáramos una maleta apretadita para entrar. Nosotras entramos el 26 septiembre del 2000, dos años después de que salió publicada la lista de los secuestrados. Nos recogieron en el aeropuerto de San Vicente y nos llevaron llanos de Yari adentro. Ese vuelo nos tocó pagarlo a nosotras, pues, aunque la Cruz Roja nos ayudó a costear los primeros vuelos, para el tercer viaje nos respondieron que no tenían recur-*

sos. El camino por el que nos llevaban no lo conocíamos, el trayecto era distinto a los que habíamos hecho antes. A las 5:00 p.m. llegamos al campamento. El Mono salió a recibirnos y a darnos la bienvenida. Ahí mismo la guerrilla nos bajó todos los bultos. Al rato llegó Jorge Enrique Botero, periodista de Caracol, lo primero que le dije fue que no fuera a decir nada porque nos mataban a los tres.

Al otro día, nos despertamos temprano, a las seis de la mañana nos mandó a llamar el Mono para desayunar. Aunque yo no sentía hambre, el Mono nos dijo que teníamos que comer porque el camino era largo. Una guerrillera nos hizo unas arepitas delgaditas y nos las comimos con huevos pericos y café con leche. Al terminar, el Mono dio la orden para irnos. Los guerrilleros se echaron los bultos al hombro y empezamos a caminar hasta llegar a la orilla de un caño lleno de lanchas. En una de las lanchas se montó Grannobles con bultos de correspondencia y más guerrilla, en otra lancha iba Rumaña y en otra lancha iba yo con el Mono. Antes de subirme, me preguntó si sabía nadar. Yo negué, nerviosa. Como las otras veces, yo había ido hasta allá sin pensarlo mucho, no tenía idea de que teníamos que subirnos en lanchas. Bueno, pues ya somos dos porque yo tampoco sé nadar, me dijo el Mono. Yo me quedé anonadada, ¿usted no sabe nadar, Mono? ¿Qué vamos a hacer si se

*cae por allá? ¡Lo primero que se le llenan de agua son las botas y te ahogas! Él volvió a decirme que no sabía nadar. Entonces yo le dije, bueno, entonces acomódese bien en la mitad porque donde esto se nos voltee ahí quedamos.*

*Al lado del caño había matas de guadua que se entrelazaban sobre el agua, eso hacía imposible que nos vieran desde arriba. La última vez que vi la hora eran las 8:00 a.m., al subirnos nos quitaron los relojes que llevábamos. La selva estaba por todas partes, en las orillas había unos animalitos trompilargos parecidos a unos jabalís. Ahí me acordé de que Pablo me había contado en una carta que ellos comían de eso. En un punto, la lancha la amarraron, ahí entendí que nos tocaba bajarnos. Yo me quedé mirando el terreno, no había ningún camino para subir, ni siquiera era plano. La tierra se alzaba como una pared. El Mono me explicó que teníamos que trepar. Eso fue como subir pal cielo.*

*Marleny y yo terminamos muy cansadas. Arriba estaban en un asado, había gente bailando por todas partes al son del vallenato. En el suelo ni una matica, así supe que debían llevar mucho tiempo allí. También estaban lavando. En el campamento, salió a recibirnos un guerrillero que se llamaba Octavio, un sobrino del Mono. Octavio dijo que yo tendría que esperar a que trajeran a Pablo porque*

*él estaba más allá. Nosotras nos sentamos a esperar, los guerrilleros nos miraban fijamente, algunos murmuraban que llevarnos era lo que peor podían hacer, ellos esperaban un bombardeo del campamento en cualquier momento. De repente salió Alexander, el primo de Marleny, y se abrazaron como nunca.*

*Yo seguí esperando, atenta a cada movimiento, hasta que lo vi. Venía con una maleta, su uniforme desteñido y muy flaco y pálido. Yo sentía que me desmayaba, cuando me abrazó me dio tres vueltas. Yo que pensaba que me lo iba a encontrar sin dientes, me sorprendí de verlo sano, a pesar de todo. Él pensaba que me iba a encontrar con el pelo blanco. Estaba preocupado por la familia, por mí, me contó que él había visto la foto que salió en el periódico el 08 de diciembre y que no podía creer que estuviera allá, que estaba muy feliz de verme, pero no quería que me mataran. Yo intenté tranquilizarlo, le dije que me habían tratado muy bien, con respeto, pero era cierto, ninguno de los dos tenía certeza de que eso no nos fueran a matar. Fue una conversación corta, él me contó un poco cómo había sido la toma y lo que comían. Me entristeció mucho saber que encontraban vidrios en la comida y pelos en los espaguetis. Luego se lo llevaron otra vez. El Mono dijo que se lo llevaban porque ahora nosotras teníamos que ir a visitar el campamento donde lo tenían.*

*Primero fuimos al campamento en el que tenían a Alexander, luego fuimos al campamento de Pablo. Los muchachos estaban sorprendidos de vernos, no podían creer que estábamos ahí, nos abrazaban como a sus propias madres. En el campamento de Pablo nos dieron de comer, ya llevábamos todo el día de recorrido, nos trajeron un arroz con huevo. Los muchachos nos miraban atentamente y entendí que querían comer. Después de lo que me dijo Pablo, yo no fui capaz de comer. Decidí darles mi plato y decirles que se lo repartieran para que todos comieran, aunque fueran un poco. Algo tan cotidiano en la ciudad era tan deseado allá. Esa noche, al volver al campamento principal, Marleny se descompensó, no pudo aguantar más las lágrimas. Yo tampoco, no sabía qué íbamos a hacer para sacar a los muchachos de allá.*

*Los campamentos estaban muy cerca, a cuarenta minutos o una hora el uno del otro. En esa primera visita, o entrada, como las llamábamos, visitamos todos los campamentos. El primer día los dos campamentos de Miraflores, al día siguiente Mitú y por último el Billar, a todos les llevábamos cosas y regalos. Y ellos también nos entregaron cartas, plata para las familias, billetes arrugados que habían guardado todo ese tiempo y los oficiales cadenas para llevarle a las mujeres. Me tocó contar las cosas sin tapujos,*

*mi memoria era muy buena, así que yo sabía quién era la familia de cada uno y qué había pasado. A un muchacho, a Jhon Jairo me tocó decirle que su madre se había muerto mientras él estaba en la selva, él lloró durante dos horas. A otros que sus parejas ya no eran sus parejas. Al salir era muy triste, todos nos decían que no los olvidáramos, que el abrazo que nos daban se los lleváramos a las mamás. Trescientos y pico muchachos vimos. Antes de irnos el Mono nos preguntó cómo habíamos visto todo y yo le pedí que mejorara la comida, que me cuidara a los muchachos y que, si era viable, les construyera una cancha de fútbol, para que tuvieran con qué entretenerse. Él me dijo que iba a hacer lo posible.*



*El abrazo de reencuentro entre Pablo y Luz Amparo.*



## Capítulo nueve: Una luz en la selva

Después del campamento de las tablas nos trasladaron a otro que tenía una cabaña, era sencilla. A diferencia de los otros campamentos que tenían un techo improvisado de plástico, la cabañita tenía techo de zinc. Se veía hasta bonita. La caminata que hicimos para llegar allí fue tan tortuosa como las que hicimos entre campamento y campamento, de hecho, de tantas, ya es difícil recordar cuántos días caminábamos o qué era lo que hacíamos mientras tanto. Lo que sí recuerdo es la tortura del peso que cargábamos, del hambre, de lo doloroso y duro que resultaban las jornadas. Es horrible pensar que llevábamos a nuestras espaldas veinticinco libras de comida, pero no nos dejaban comer. Las dinámicas en el campamento de la cabañita no cambiaron mucho. El cambio llegó con el campamento que vino después, fue la comprobación de que las cosas siempre pueden ponerse peor.

El nuevo campamento parecía un campo de concentración. En el centro había una pequeña choza hecha de tablas de madera, alrededor, quizá a dos o tres metros había un cerco de alambres de púas que rodeaba toda la choza, pusieron las líneas de alambre sobre la otra a una distancia muy corta, desde adentro uno podía apenas ver el exterior, se veía rayado, había que forzar mucho la vista para ver las otras tres garitas en cada esquina del campamento. Las otras garitas eran exactamente como esta, rodeadas de un cerco de alambre que medía cuatro metros de altura. Lo único que no tenía malla o alambre era la letrina, en ese campamento por fin nos habían dado algo de privacidad. Sin embargo, a las seis o seis y media de la tarde nos encerraban en la chocita y ya no podíamos usar la letrina. Si alguien tenía ganas de ir al baño, tenía que hacerlo allí, donde estábamos metidos todos, prácticamente al lado de la cabeza de otro compañero.

En esa chocita, dormíamos en una especie de camarotes, eran dos pisos de tablas en los que a duras penas cabíamos, el espacio era muy reducido y cada uno podía ocupar si acaso el ancho de dos tablas. Todo estaba sellado, excepto por un pequeño intento de ventana que había en una de las paredes, también estaba sellada con alambre de un lado al otro. Para bañarnos teníamos una manguera, la guerrilla la había puesto en medio del cerco para hacernos llegar el agua. Teníamos unos tanques para lavar la ropa que usábamos y para cepillarnos los dientes. Sin embargo, cuando nos castigaban, la guerrilla dejaba la manguera encendida y nosotros nos quemábamos por la humedad de la selva.

La guerrilla disfrutaba vernos sufrir. Una noche escuchamos mucho movimiento, cuando pudimos identificar los sonidos que provenían del exterior, nos dimos cuenta de que era el ruido que hacen los fusiles al ser cargados, estábamos encerrados y no podíamos salir a ver qué pasaba, pero cuando un compañero se asomó por una pequeña ventana, los guerrilleros nos tenían rodeados mientras nos apuntaban. No sabíamos qué estaba pasando, supusimos que era el fin así que empezamos a despedirnos entre nosotros mientras nuestras esperanzas se iban desvaneciendo, los sueños que alguna vez tuvimos, las charlas hasta tarde en las que fantaseamos con estar libres, estudiar alguna carrera, ingeniería de sistemas por mi parte, ya nada tuvo sentido. Tres minutos nos estuvieron apuntando, tres minutos en los que nuestra vida se vino abajo, para que luego sólo se marcharan sin más. Nunca supimos nada al respecto, quizá el plan era matarnos, pero la orden de accionar el fusil nunca llegó. Nosotros sabíamos que igual no valíamos para ellos, que éramos más una carga que otra cosa, si nos mataban, nada iba a pasar.

Estábamos en época de verano, dadas las altas temperaturas, la humedad de la selva y el sudor nos quemaban la piel, necesitábamos bañarnos para sentirnos mejor, pero la guerrilla decidió prohibirlo, era una orden rotunda no acercarnos a la manguera. Nos torturaban física y psicológicamente, encendían las motobombas solo a botar agua frente a nosotros mientras llevábamos días sin bañarnos, sin cepillarnos los dientes, aguantando sed, si nos acercábamos nos disparaban. El desespero era tal que hubo compañeros a punto de dejarse disparar con tal de tomar un poco de agua.

Las condiciones tampoco cambiaron mucho en el siguiente campamento, sin embargo, nos trajo un aire de novedad porque nos unieron con veinte soldados que también habían sido secuestrados durante la toma de Miraflores. Se llevaron como una docena de los nuestros así que al final quedamos como cincuenta y pico. Empezamos a escuchar otras historias, otros chistes, a hacer otros amigos, en su momento fue refrescante, pero esto no duró demasiado porque los soldados tenían otras costumbres. Eran agresivos, desconfiados, se robaban entre ellos y algunos no soportaban a la policía. Se empezó a instaurar una rivalidad entre ambos bandos para demostrar quienes eran los más fuertes, los que sí mandaban, era una disputa absurda por marcar el territorio. Si un soldado era quien servía la comida le daba una ración más grande a los de su manada, y ocurría lo mismo si quien estaba sirviendo era policía. Así como en los otros campamentos los castigos para aquellos que se peleaban tampoco se hicieron esperar, los guerrilleros implementaron unos calabozos en los que apenas cabía una persona, eran como de un metro de ancho por uno de largo, y allí encerraban, a veces amarrados, a quienes se reñían. Los podían dejar hasta ocho días en aislamiento y si acaso los sacaban al baño.

Siempre que creíamos que la situación no podía empeorar, ocurría algo que nos hacía desmentirlo: la comida, que ya de por sí era de mala calidad, ahora se había vuelto peligrosa. Al principio encontrábamos colillas de cigarrillo, basura o patas de cucaracha en el plato, a pesar de eso las hacíamos a un lado y seguíamos comiendo, pero luego fueron vidrios los que empezaron a aparecer en la comida. Los guerrilleros se excusaban diciendo que

una botella se había quebrado junto a la olla, o que había sido un accidente, pero, a pesar de no ser tan seguido, ocurrió las veces suficientes para que se sintiese como un atentado. La cuchara se convirtió en nuestro detector de vidriecitos guiándonos con el “clink” que se escuchaba al chocar con los cristales al revolver la sopa, en broma le decíamos el detector de metales. Los comandantes decían que se preocupaban por nosotros, sus prisioneros, como nos llamaban, por nuestra alimentación y bienestar, pero quienes cumplían las órdenes se las pasaban por donde les daba la gana, y los vidrios y las condiciones miserables parecían algo que estaban lejos de mejorar. Un día, sin embargo, recibimos una visita que lo cambiaría todo.

El 24 de septiembre, un domingo en la mañana, estaba lavando cuando Octavio, el sobrino del Mono Jojoy, se acercó a decirme que me arreglara porque me iba con él hacia otro campamento. Al principio me mostré reticente, no entendía por qué sólo yo, entre tantos, debía irme, lo más seguro era que quisieran matarme. Octavio insistió y, con la promesa de un encuentro, finalmente accedí, no sin antes avisarles a mis compañeros en caso de que no volviera.

La caminata hasta el otro campamento fue corta, quizá alrededor de media hora. Inicialmente me llevaban amarrado, pero en el transcurso me soltaron y pude caminar con libertad, me preguntaba genuinamente para dónde me llevaban, qué me harían, en todo caso, no tenía opción. Cuando íbamos llegando empecé a ver unas aulas enormes, recordé en ese momento cuando los guerrilleros nos asignaron un profesor de historia para intentar adoctrinarnos con sus ideales. Todos los días nos daban

cuatro horas de clase sobre la historia de Colombia desde una perspectiva de izquierda, nos hablaban sobre todo de Simón Bolívar, un gran ídolo para ellos. Las clases no duraron más de un mes, creo que prontamente se dieron cuenta de que a ninguno le interesaba esos temas, que nuestros ideales eran claros. Entre todas las aulas, vi una grande en la que estaba mi mamá.

No podía creerlo, ni siquiera recuerdo las primeras palabras que cruzamos, solo ese abrazo en silencio que nos volvió a unir después de tanto tiempo. Los sentimientos que albergaba mi corazón se debatían entre la rabia, el miedo y la felicidad, sentía mucho temor. Por ese entonces, cuando Carlos Castaño seguía con vida, las AUC mataban a cualquiera que tuviera que ver con la guerrilla, yo no quería que mi mamá estuviera involucrada con todo ese proceso y que la pudieran lastimar. Sentía mucha impotencia, los líderes sociales siempre han sido objetivo militar por una u otra razón y, a pesar de la alegría de tenerla cerca, era mayor mi preocupación por su seguridad. Ella me dijo que tuvo que hacerlo porque otras mamás no tenían el valor o el conocimiento para liderar, que algunas incluso llegaron a convertir el secuestro de sus hijos en un negocio, pedían plata con esta excusa y luego se la gastaban en algo que nada que ver.

Mi mamá entró con una asociación que se llama AS-FAMIPAZ junto a Marleny Orjuela, una prima de un cabo que también había sido secuestrado conmigo. A ellas las estaban atendiendo muy bien, iban escoltadas y tenían a alguien del personal que cocinaba exclusivamente para ellas, les ofrecieron todas las comodidades posibles, porque si a ellas les llegaba a pasar algo el embale de la gue-

rilla hubiese sido tremendo. Gracias al personal de la cocina que servía a mi mamá pude disfrutar de un manjar que ansiaba desde hacía mucho tiempo: arroz con huevo frito. Sentí como si hubiese comido una langosta, el sabor fue indescriptible, en la cotidianidad uno no valora lo maravilloso de lo simple, hoy día siempre desayuno con huevo.

Con Marleny y mi mamá también entraron varios miembros del secretariado, Romaña, Grannobles y el Mono, con quien luego tuvimos la oportunidad de conversar. El Mono nos explicó todas las trabas que el gobierno estaba poniendo para gestionar la liberación, cómo dilataban los procesos y dejaban de lado el tema de los secuestrados. Después de un rato hablando con él lo vi diferente, no como el hombre despiadado y sanguinario que todos decían que era, sino común y corriente, muy consciente de la situación, con los pies en la tierra y estudiado. Decían que él era muy campesino y no tenía estudios, pero sus conocimientos me mostraban otra cosa. El Mono también veló porque nuestras condiciones mejoraran, después de su visita los atentados con vidrio se acabaron y la comida empezó a tener sal. A veces nos daban carne, las lentejas ya no se sentían como un balín, e incluso, de vez en cuando, nos daban el tan anhelado huevo.



## IX

*Al llegar a Cali había periodistas en mi casa. Nos empezaron a llamar de todos lados, incluso desde España, pero eso no importaba porque lo importante eran las mamás. A los ocho días hicimos un asado, entregué todo lo que me dieron, pero principalmente hablamos del bienestar de nuestros hijos. Marleny estaba preocupada porque de pronto nos ponían a declarar, pero la Policía no me buscó, ni me dijo nada. De todas formas, nosotros no podíamos ver la hora porque no teníamos reloj, ni sabíamos dónde estábamos, no había cómo volver sino era acompañadas.*

*En diciembre volvimos, pero los muchachos estaban enfermos. Parecía que les habían dado una carne descompuesta y llena de bichos, tuvimos que hablar en nombre de*

*su bienestar de nuevo y de un cambio de alimentación. En enero volvimos, estaban mejor, les habían construido la cancha y todo. En esa ocasión vimos a los muchachos de la Arada y la Uribe, ellos estaban por el lado de la Macarena, eran militares. Cuando estuvimos allá, la correspondencia se demoró más de lo esperado, entonces el Mono nos preguntó si nos quedábamos o nos íbamos. Nosotras dijimos que nos quedábamos, cómo nos íbamos a ir sin nada, con qué cara llegar a donde las mamás. Mientras esperábamos, el Mono nos llevó a conocer Caño Cristales, era muy lindo, creo que ahorita se puede entrar por allá. Sin embargo, en ese tiempo no se podía, todo estaba controlado por las FARC.*

*La última visita que hicimos fue en marzo, siempre hubo mucho respeto, nunca hubo una mala palabra de su parte, ni de nosotras. Una de esas veces una ONG fue, pero al final salieron como pepa de guama. Usted puede ser muy pobre, pero si entra con respeto, la dignidad lo puede todo. Algunas personas nos criticaban, pero yo pienso que si no puedes con el enemigo, hay que unirse. Así fue como logramos todo, nadie más se preocupaba por nuestros muchachos. Todo empezó por el deseo de volver a ver a Pablo y de saber algo de él, pero llegamos a visitar a los muchachos que estaban en campamentos liderados por el*

*Mono. Nuestra intención era dar a conocer al mundo que los muchachos estaban vivos, pero no estaban de paseo. Eran prisioneros de guerra, estaban amarrados del cuello, si uno se movía hacia delante de más, arrastraba al otro. En el campo de concentración todo tenía alambre de púas y estaba cubierto por enredaderas, eran los primeros a los que habían cogido. Sin embargo, hubo campamentos que no visitamos, a los de la toma de Patascoy no pudimos verlos. El comandante nunca estuvo de acuerdo con que entráramos o con dar pruebas de supervivencia, era un miliciano muy templado él.*

*El acuerdo se veía muy lejos, pero había noticias todo el tiempo. Camilo Gómez decía una cosa, Tirofijo otra cosa, Pastrana también, pero el peor era el ministro del Interior, Néstor Humberto, siempre tenía algo que decir que frenaba el acuerdo, por eso le hicimos tres tomas. Ellos estaban sentados hablando y mientras tanto nosotras sufriendo. A veces llegábamos a la casa del Mono, una vez entramos hasta su oficina. Ahí estaba él, sentado con los pies sobre el escritorio. Ese día nos dijo que, desde ahí, manejaría un día el país. Yo me quedé viéndolo y le pregunté si hablaba en serio. Él me sonrió y me dijo que sí, para allá vamos, no se olvide que para allá vamos, dijo. Se veía muy seguro, yo me quedé pensando si algún día pasaría.*



# Capítulo diez: Un pie afuera

Al caer la tarde volvimos al campamento en donde se encontraban todos mis compañeros. Nos reunimos en un salón grande y mi mamá les repartió las cartas que les había escrito su familia. Eran bultos y bultos de cartas. Cartas que trajeron noticias buenas y otras tristes, que mandaban besos y abrazos, pero también relataban la muerte de un ser querido, eran cartas que nos recordaban que el mundo siguió girando allá afuera mientras nosotros estuvimos confinados.

Ese día me sentí muy afortunado, de los quinientos hombres secuestrados, fui el único que recibió visita de su mamá. Sin embargo, la presencia de mi madre en el campamento movió muchas fibras en los corazones de compañeros que no sabían si volverían a ver a su familia. Algunos la abrazaban y lloraban, y le mandaban mensajes para sus propias mamás. La adoptaron como una figura maternal.

Mi mamá se quedó dos días en el campamento. Durante su estancia se dio cuenta de que los guerrilleros estaban aprendiendo a hacer pescado seco y, en un intento absurdo por matar los gusanos que tenía el pescado, les habían echado veneno para luego lavarlos y cocinarlos de nuevo. Ese pescado olía horrible, y menos mal mi mamá se dio cuenta de lo que pasaba porque nos salvó de una posible intoxicación colectiva. En su visita también conocí por primera vez un celular, ella entró con un Nokia 5120 y todos estábamos muy impresionados con el aparato. En medio de la selva ciertamente el celular no tenía señal, pero en la pantalla se leía un "llamada de emergencia", casi como un impulso mis compañeros y yo tuvimos la tentación de llamar a la policía, pero era muy riesgoso y, además, ¿Cómo les íbamos a decir dónde encontrarnos si es que la llamada llegaba? Descartamos prontamente la idea.

La despedida fue muy dura, nos despedimos con pesimismo porque sabíamos que no había avance en el tema de las negociaciones, porque no sabía cuándo volvería a verla. Hacía unos meses Marulanda había protagonizado la silla vacía plantando a Pastrana en la mesa de negociación y no veíamos luz sobre nuestra situación. Tenía temor por el regreso de mi mamá a la ciudad, en el campamento la estaban cuidando muy bien y después de tomar el avión ya no habría quien la protegiera.

La visita de mi mamá al campamento causó revuelo nacional, el tema de los secuestrados volvió a tomar importancia y nuestra situación empezó a moverse, aunque fuera un poco, dentro de la agenda nacional. La guerrilla, por supuesto, no desaprovechó esta oportunidad y

para la segunda visita que realizó mi mamá contactaron un periodista y un camarógrafo que pudiera documentar todo de cerca. En esa ocasión, mi mamá sólo estuvo tres días en el campamento en el que yo me encontraba, pues fue un reportaje largo en el que recorrieron también los campamentos de los otros secuestrados. El video se tituló "En el verde mar del olvido", y claro, las FARC lo que pretendía era mostrarle al mundo entero que tenían quinientos militares en su poder y el Estado no era capaz de rescatarlos ni quería intercambiarlos. La manipulación de información era evidente. El video fue vetado por el gobierno nacional y el periodista tuvo que exiliarse por las amenazas en su contra, sin embargo, fue filtrado en otros medios internacionales.

Para el gobierno no era prioridad hacer un intercambio de personal porque nosotros éramos una ficha en su juego, mientras no nos entregaran, la guerrilla no se iba a parar de la mesa de negociación. La información que nosotros teníamos respecto a esto era muy poca, sin embargo, un comandante, alias Rolo, nos explicaba sobre la situación y la posición de la guerrilla. El comandante era un hombre inteligente, le gustaba muchísimo hablar y a mí hacerle preguntas, así que conversábamos bastante. Rolo me decía que todo era un tema de conveniencia, la guerrilla quería tomar el poder de Colombia a sangre y fuego o políticamente, y ciertamente ellos querían el poder político.

El comisionado de paz Víctor G. Ricardo, un tipo elitista y de ideales de derecha bien marcados, fue reemplazado por Camilo Gómez. A Víctor no le importaban los miembros de la fuerza pública, pero Camilo empezó a

mover vainas y a crear un puente sólido entre la guerrilla y el gobierno. Así fue como se implementó el intercambio humanitario.

El dos de junio de 2001, como a eso de las cuatro de la tarde, se firmó el dichoso acuerdo. En el campamento todos gritaban y celebraban, pero algunos incrédulos, como yo, decíamos que hasta no ver no creer, y que lo único que nos quedaba era esperar. Al día siguiente, para sorpresa de todos, llegó un comandante con lista en mano y ocho de nosotros fuimos llamados para irnos. Nosotros no queríamos irnos dejando a los otros atrás, si nos habían cogido a todos juntos, lo lógico era que todos nos fuéramos juntos, pero no teníamos opción. La despedida fue tan dolorosa, siento que me dolió más despedirme de mis compañeros que de mi mamá, no sabía qué podía pasarles, cuanto más los tendrían allí, los que nos íbamos prometíamos hacer lo posible por decirle a las autoridades dónde estaban, por hacer algo para rescatarlos y sacarlos de ahí.

Algunos tomaron la situación con calma, para otros fue inevitable no sentirse abatidos por la desesperanza y la tristeza de un destino incierto. Nosotros nos íbamos ¿pero ellos? Quienes quedaron nos hicieron una calle de honor a quienes partíamos, al despedirme de los más allegados no pude sino llorar. Les dejé todo aquello que creí no necesitar más, un radiocito y cosas de aseo. Sólo llevé conmigo mi hamaca como recuerdo, un toldillo porque no sabía qué nos deparaba el camino, y dos uniformes.

Nos llevaron a un puerto poco antes de caer la noche y allí nos embarcaron en una lancha, la lancha siguió su camino y recogimos a otros secuestrados de otros campamentos hasta finalmente reunir más o menos 33. Todos los que nos encontrábamos en la lancha teníamos algún tipo de enfermedad, en mi caso gastritis crónica, pues los términos del intercambio humanitario implicaban que sólo podía involucrar personal enfermo.

Incluso en ese momento, después de todo lo que habíamos vivido y a pesar de que la institución nos había dado la espalda, mis compañeros y yo seguíamos queriendo a la policía, disfrutábamos de nuestra profesión y queríamos seguir creciendo, aprendimos a querer el uniforme en esos años de secuestro y a sentirnos orgullosos por lo que representábamos. Lastimosamente, estábamos muy equivocados y no sabíamos todo lo que estaba por venir.



# X

*La gente que conocí en esos viajes tenía experiencias muy distintas, pero yo sentía que todos éramos iguales, gente olvidada por el Estado. La gente armada era del campo, de las fincas o desempleada. Sin embargo, un día me encontré a una universitaria que estaba por allá, me dejó asombrada. Las otras personas no tenían comida en sus casas, pero ella había decidido dejar sus pertenencias y las noches tranquilas en su cama por una vida sin privacidad, cinco tops, cinco pantys, una taza de metal, un plato, el fusil y su uniforme. Eso era todo lo que tenía, ¿eso es vida? Le pregunté. Ella me respondió que sí y que era muy feliz.*

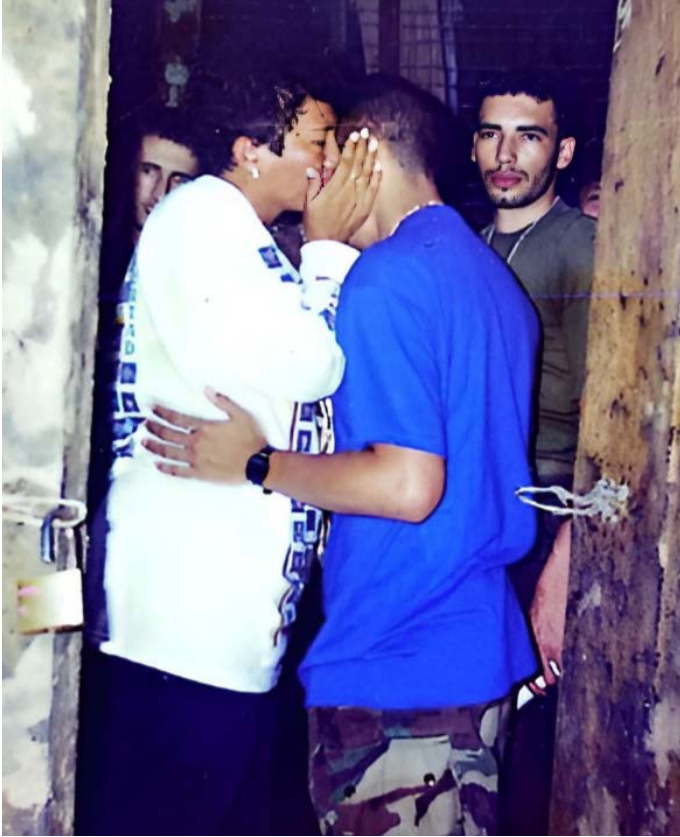
*Otro día, Marleny y yo estábamos sentadas en la banca de un parque cuando vimos a una señora hablando y llorando*

*con un muchacho barbado. La señora lo abrazó, pero él se separó de ella, le dijo algo y se fue, ella se quedó llorando. Marleny y yo fuimos a ver qué le había pasado y la trajimos hasta la banca en la que estábamos. Ahí sentadas nos contó que venía desde Bogotá y hacía tiempo estaba buscando a su hijo y que era ese muchacho vestido de camuflaje con el fusil en la mano. Ella tenía la foto de un adolescente arrugada en sus manos, no se parecía nada al hombre que habíamos visto. Me dijo que no podía abrazarlo, que estaba de uniforme y no estaba permitido. Ahí sí empezamos a llorar juntas, imagínese hasta donde llegamos las madres buscando a los hijos, para ella había sido muy difícil dar con él porque ellos se cambian el nombre. Ese día se lo encontró como un milagro. Quién sabe qué pensaba la mamá de la universitaria, quién sabe si sabía dónde estaba.*

*Como la universitaria y el muchacho del parque había mucha gente, no sólo en las filas, sino en los pueblos aledaños. Un día entramos a un caserío y nos quedamos a dormir. Me dio mucha curiosidad porque ahí sólo vivían dos viejitos de setenta años con una niña de unos cinco años. Esa noche Marleny y yo nos quedamos allá, como yo no podía aguantarme la curiosidad le pregunté de quién era esa niña. Ella me respondió que era su nieta, pero que*

*también iba para las filas porque sus hijas ya estaban allá. Había otros dos niños en esa casa, uno tenía siete años y el otro iba a cumplir nueve, los dos andaban corriendo detrás de la buseta de la guerrilla con el sueño de irse a las filas y coger un fusil. No querían estudiar. El abandono del colombiano es muy grande, esa gente no tenía comida, los que le dejaban la comida eran guerrilleros. La guerrilla pasaba y dejaban arroz, maíz, todo sacado de sus cultivos, por eso es que la gente se tira pa' ese lado. Todo es muy disparate, unos con muchos y otros sin nada.*

*Mientras yo viajaba, Luis, el papá de Jean Paul se quedaba a cuidarlo, pero conforme pasaban los meses teníamos más problemas. Él me reclamaba por arriesgarme y a arriesgar a toda la familia por visitar a Pablo, porque no le dedicaba el tiempo suficiente a Jean Paul y porque cada vez mi salud se deterioraba más. En esos años empecé a tener dolores en lado izquierdo de la ingle y el ginecólogo me recetaba medicamentos, pero nada me funcionaba. También había días en los que no quería levantarme, me sumía en la tristeza y me quedaba en cama todo el día. Lo único que podía responderle a Luis es que primero fui mamá de Pablo y luego su esposa. No iba a detenerme hasta su regreso.*



*La despedida entre Pablo y Luz Amparo.*



*La llegada de Pablo a Florencia.*



## Capítulo once: Mirando las estrellas

Al principio, las discusiones entre el gobierno y la guerrilla siempre parecían ir por buen camino, pero luego una de las partes disenta y nosotros nos quedábamos viendo estrellas. En ese juego de pelota se la pasaron años y años, eran cincuenta puntos y si no estaban de acuerdo en alguno debían empezar desde cero, así que el dos de junio, cuando se anunció la firma, no creíamos que fuera cierto. Fue hasta una semana después, entre el nueve y el diez de junio, cuando empezó a crecer la esperanza. Habíamos caminado durante días y finalmente llegábamos a un nuevo campamento, el último de todos, estaba en el límite de la selva y el llano. Desde ahí podíamos ver el sol ponerse en el horizonte y un terreno que se extendía por kilómetros y kilómetros. Sabíamos que estábamos cerca de la zona urbana, aunque todavía no se veía nada habitado, sabíamos que eran terrenos ganaderos. En ese campamento liminal, las porciones de comida aumentaron y nos entregaron camuflados nuevos, enviados por

la República de Venezuela, eso nos dijo Grannobles, el hermano del Mono Jojoy, cuando nos los entregó.

A los pocos días empezaron a llegar visitas del exterior. Los primeros en llegar fueron guerrilleros que venían de la mesa de diálogo en el Caguán y que hasta el momento habían estado alojados en otros países. Luego llegó una comisión de la Cruz Roja Internacional, los médicos nos revisaron y se fueron. Fue un análisis superficial, no tenían las herramientas para diagnosticarnos dos de las enfermedades más comunes entre nosotros: gastritis severas y leishmaniasis. Los últimos en llegar fueron Camilo Gómez y un representante de la casa de Nariño. Gómez era el comisionado de paz, estaba encargado de explicarnos cómo se llevaría a cabo el intercambio humanitario: a doscientos metros del campamento pondrían unas carpas y mesas, allí descendería el helicóptero y firmarían el acuerdo.

Todo parecía indicar que por fin saldríamos de la selva, pero al mismo tiempo, las cosas se sentían ajenas a nosotros que abrazábamos la duda para no desilusionarnos demasiado si nuevamente todo se venía abajo. A veces, entre nosotros, nos preguntábamos cómo sería todo, cómo debíamos comportarnos cuando nos recibiera el presidente y cómo se verían los fuegos artificiales que celebrarían nuestro regreso. Mis compañeros estaban emocionados por volver a ver a sus familias, a sus esposas, a sus madres. Yo me preguntaba cómo sería volver a casa después de tanto tiempo, dejar atrás el silencio y los paisajes de la selva. Qué pasaría con los compañeros que se quedaban, cuándo volveríamos a verlos y cuándo podrían salir ellos también.

Finalmente, llegó el 16 de junio, Marulanda y Raúl Reyes esperaban en las carpas, mientras nosotros caminábamos en una fila hacia ellos, Camilo Gómez encabezaba la fila. Cada uno llevaba a sus espaldas una pequeña maleta, en la mía llevaba las cartas que me había escrito mi mamá y el uniforme que usé durante el secuestro. Conservé mi equipaje por muchos años, las cartas eran un tesoro y era lógico tenerlas conmigo. Sin embargo, no me explico por qué me quedé tanto tiempo con el uniforme, hace apenas cinco años que lo boté. El helicóptero que debía recogerlos se veía al fondo, era un helicóptero MI17 ruso pintado de blanco, era del ejército. Cuando el primero de nosotros llegó a la carpa, Marulanda le dio la mano y lo abrazó. Yo sentí un sinsabor en la boca, algo que me apretaba el corazón. El ritual se repitió con cada uno de nosotros, cuando llegó mi turno, ya casi no podía sostener la indignación. Después de tanto, aquel hombre que me había mantenido prisionero por tres años me abrazaba, me aconsejaba y me daba buenos deseos. La advertencia que algunos de sus subalternos nos habían hecho hacía algunos días, se repitió, pero esta vez, desde sus labios. Nos veremos en lo civil, me dijo. Recordar sus palabras todavía me produce cierta incomodidad. En especial cuando recuerdo que dos o tres años después, cerca de mi casa, cuando el plan pistola estaba empezando, me cruzaría con guerrilleros que me mantuvieron cautivo y sabría que estaban cumpliendo su promesa de vigilancia.

Después de la despedida, nos subimos al helicóptero. Las hélices hacían mucho ruido, no nos permitían hablar. En medio de todo, me sentía cómodo, pues había mucho en lo que pensar. Allí, sentado entre mis compañeros, me preguntaba por nuestro destino y el de los que se queda-

ban. Parecía que todos se comían las uñas, supongo que también pensaban en los que se quedaban. Se suponía que había sido un intercambio, pero en ese terreno no vi a ningún guerrillero descender del helicóptero, sólo entramos veintidós de nosotros, los más enfermos. Tiempo después vi videos de la liberación, no fue al mismo tiempo, ni en el mismo lugar, por eso no vi a ninguno.

Veinte minutos después, aterrizamos en Florencia. El lugar estaba lleno de cámaras, se suponía que debíamos esperar mientras la banda de guerra sonaba, pero el protocolo se arruinó. Las familias estaban en la pista esperando el descenso y al vernos todos salieron corriendo a abrazarnos. A mí también me llegó un abrazo que casi me tumba. De repente, me encontré abrazando a mi tío Nelsón, el hermano de mi mamá, que también la acompañó a ella durante esos años. Ese fue un momento de mucha alegría, yo había visto hace poco a mi mamá, pero mis compañeros llevaban mucho tiempo sin abrazar a las suyas. Después del recibimiento nos llevaron al batallón de Florencia, era la primera vez que estábamos allí. Ahí tenían preparada una ceremonia con videos de las familias, pero no recuerdo mucho de eso, los actos protocolarios me aburren. Lo que sí recuerdo es el momento en que salimos de esas proyecciones, nos reunimos entre todos y pudimos darle rostro a las madres, padres, hermanos y personas de las que habíamos escuchado hablar por tanto tiempo. La familia de mi compañero se sentía como la mía.

Más tarde, ese mismo día, cuando ya estaba oscureciendo, nos trasladaron al aeropuerto y nos subieron en

el avión de la policía rumbo a la capital. La carrera del recibimiento no paraba, al llegar a Bogotá, nos dieron la orden de subirnos a un bus y allí de cambiarnos el uniforme. Ahí había hijos de los altos mandos y algunos de ellos se quedaron con esos uniformes que nos quitaron creyendo que eran los que habíamos usado en el secuestro, cuando en realidad, apenas los usamos una o dos semanas. En ese bus nos llevaron al club de agentes, allí hubo una fiesta grandísima. Tuvimos que tomarnos muchas fotos, no sabíamos quiénes eran esas personas, pero parecían importantes. Nos quedamos en un hotel, pues lo que se venía eran un montón de exámenes médicos. Estábamos pasmados, no sabíamos que iba a pasar, como policías, seguíamos órdenes y dejábamos que nos llevaran a donde quisieran.

Al otro día, el desayuno fue un buffet. Sin embargo, después de la comida, tuvieron que llamar tres ambulancias porque la comida nos cayó mal. Ese día, nos asignaron unas profesionales que se encargaron de darnos los primeros pasos de readaptación. Parecíamos niños de kínder, íbamos en fila india de un lado al otro firmando papeles, haciendo chequeos de otorrino, de gastro, de todo. En esos exámenes le encontraron una bolsa de parásitos a un compañero y se lo tuvieron que llevar de urgencias de inmediato. Así pasaron los primeros quince días de libertad, que fue el tiempo que la institución consideró que debía durar la readaptación, fue un período muy extraño. Incluso nos llevaron a rumbear en la discoteca privada del hotel, para algunos fue bueno pisar una discoteca después de tanto tiempo, pero para mí todo eso se sentía extraño, ajeno.

En ese momento, cada uno tenía en su bolsillo cinco o diez millones, que era lo que nos habían dado del sueldo que teníamos atrasado. Yo no había pensado en eso hasta ese momento, en la selva uno se desprende de todas esas cosas, no valen nada. Son apegos de la ciudad, pero una vez que otros empezaron a señalar las irregularidades de ese valor, nos dimos cuenta de que había que reclamar. El salario no había llegado al cien por ciento, sino al sesenta y cinco por ciento. Es decir, nos descontaron la alimentación de esos tres años, pero por obvias razones, nunca la recibimos. También habían descontado la mitad, porque esa plata se la daban a las familias. Eso me pareció bien, porque uno siempre quiere que la mamá esté bien y a ella le servía más esa plata que a mí, pero lo otro sí era muy injusto y no tenía sentido. Por qué nos descontaban alimentos que no habíamos recibido, todos nosotros estábamos en los huesos. Eso sí, el destino de ese dinero fue muy distinto para todos, algunos apenas lo recibieron empezaron a gastarlo. Fue como si el desapego que existía por lo material en el secuestro se hubiera extinguido, algo se encendió en ellos y empezaron a hacer lo que querían. Yo creo que ese era uno de los signos de recuperar la libertad, gastar como querían su dinero, hasta entonces sólo habían hecho lo que otros dictaban.

Al salir del club de agentes, nos despacharon para las ciudades de cada uno. Eran más o menos las ocho de la noche cuando llegué a Cali, me estaban esperando tres buses llenos de gente. Como mi mamá había jugado un papel importante en los diálogos con la guerrilla, mucha gente la conocía y venían a recibirme, pero yo no conocía a nadie. Tanta bulla y tanta gente me molestaban

un poco, fue un choque muy brusco y una noche muy distinta a las silenciosas noches a las que sin querer me había acostumbrado en el secuestro. En medio de tanta gente desconocida, una persona me sorprendió entre la multitud, Katherine estaba también ahí esperándome. Me abrazó como por media hora en la sala de espera y luego me acompañó hasta la salida. Eso fue algo positivo, pues los extraños que querían abrazarme, al verla tan pegada a mí, desistían y se quedaban en su sitio. Fue un alivio cuando por fin pudimos llegar al carro, pero la sensación fue momentánea.

El carro nos acercó a mi casa, pero no pudo dejarnos al frente. Dos cuadras antes de llegar, tuve que bajarme porque había tanta gente que no podía pasar. Ese día fue muy estresante, mi casa también estaba llena de gente. Sin embargo, a las personas que estaban adentro sí las conocía. De repente, en medio de las personas que me saludaban un niño apareció corriendo frente a mí, no lo reconocí hasta que mi mamá me dijo que era mi hermano menor, Jean Paul. Tenía unas botitas puestas, las recuerdo porque fue lo primero que me dijo cuando me vio: Mira, estoy estrenando botas. Me pareció muy tierno, él era muy pequeño para comprender todo lo que pasaba a su alrededor, así que lo alcé un rato mientras yo seguía navegando a través de la selva de abrazos y saludos en que se había convertido mi hogar.

Cuando Jean Paul se cansó de estar cargado, lo bajé y aproveché para meterme al cuarto. Ahora pienso que tal vez fue algo grosero, pero me sentía abrumado. Nunca fui una persona de afecto físico, no me gustaba que me tocaran, ni me abrazaran y de repente había un

montón de desconocidos que querían tocarme y, además, querían que diera un discurso, que hablara. Cuando me sentí listo, salí al balcón un poco confundido por tanta atención y terminé por hacer lo del político, levanté la mano para saludar y todo el mundo empezó a gritar. No recuerdo mucho más, agradecí a todos por estar ahí y acompañarme y luego entré de nuevo a hablar con mis familiares. La noche continuó así, la casa estaba de fiesta, había música y comida, pero yo no me sentía muy festivo.

Los días también pasaron y aunque las personas se marcharon y la cuadra y la casa quedaron vacías, ese sentimiento de no encajar continuaba. Me la pasaba contestando llamadas, pues el teléfono no dejaba de sonar. Ya no había música, pero había mucho ruido y muchas personas que se preocupaban por mi comportamiento. Me preguntaban por qué no comía, por qué no abría la nevera, por qué me quedaba tan quieto, pero yo no sentía hambre, ni me sentía en mi casa, era un extraño en mi propio cuerpo. Extrañaba mucho el silencio, la quietud, la tranquilidad y la soledad de la selva. Allí parecía que ya había conseguido mujer. Mi cuarto era el que mi mamá le había arrendado a Katherine y ella, después de todo ese tiempo, continuaba siendo mi novia, así que al principio dormíamos juntos. Sin embargo, no me sentía cómodo en la cama. Un día se me ocurrió tirarme al piso y esa fue la solución, así fue como pude volver a dormir. Sin embargo, Katherine creía que la estaba evitando. No era así, aunque sí era muy extraño. Ella fue comprensiva con muchas cosas, pero yo no me sentía bien. Ahora pienso que ese no era el derecho de las cosas, no se podía pretender que, tras estar solo por

tanto tiempo, empezara a cumplir con obligaciones maritales. Yo apenas tenía veintitrés y ella veinte, yo había pasado tres años de mi vida en cautiverio y ella tres años de la suya luchando, escribiendo cartas y hablando en la emisora. Ella creía que, al salir, los dos conectaríamos nuestros caminos y viviríamos juntos, pero no fue así. Todo era más difícil, yo tenía muchas cosas que resolver y ella también, fue un estrellón grande para ambos.

En las noches, cuando quería estar solo, salía a la terraza de la casa y miraba el cielo. Colgué una hamaca allí y a veces me quedaba dormido viendo el cielo vacío y negro, ya no quedaban estrellas. Al menos, desde la ciudad no podía verlas.



## XI

*El 30 de julio del 2001, un mes y medio después de la llegada de Pablo me hicieron una cirugía de la matriz. Los dolores que sentía eran cáncer, el médico dijo que los ovarios son de color blanco y el mío estaba del color de una uva. Fue una cirugía muy dolorosa, me sacaron el ovario izquierdo. El cáncer lo tenía en el lugar que da la vida. Meses después, en octubre, me sacaron también el ovario derecho y me mandaron un tratamiento de cinco años tomando estrógenos. En los ovarios se producen los estrógenos y la progesterona, sin ellos yo iba a arrugarme como si tuviera setenta años y en ese momento yo apenas pasaba los cuarenta. Todo lo que podía hacer durante la recuperación era estar acostada, no podía trapear, agacharme, ni barrer.*

*El regreso de Pablo fue muy duro, ya unas psicólogas nos habían advertido que debíamos prepararnos porque las cosas no iban a ser iguales. Los muchachos iban a volver fríos y distantes, algunos incluso no nos querrían ver. Todo se cumplió, incluso llegaron con un olor especial, como a humedad, que no se les pasó en un mes. La unión que las madres tuvimos hasta entonces se rompió, cada una cogió a su muchacho, lo metió debajo del brazo y se despidió. Y eso que a mí lo primero que me dijeron cuando salió la lista de los liberados fue que por qué mi hijo salía ahí, por qué de primeras. Lo único que me dijo el Mono fue que ahí iba mi hijo porque estaba enfermo y era verdad, Pablo salió sordo, necesitaba cirugías y estaba malgeniado, deprimido, había perdido las ganas de todo. Ni siquiera tenía atención médica cuando salió, lo primero que hicieron fue desvincularlo de la Policía, a mí me tocó enviar una carta pidiendo que lo reintegraran al sistema de salud. Aun así, a él le fue bien, cuando íbamos a pelear para conseguir la pensión siempre había militares en sillas de ruedas, sin brazos y sin piernas. Después de haber entrado a la institución sin una sola calza en las muelas, ni una uña quebrada, todos estaban allá peleando por una pensión y por atención médica.*

*Después del secuestro la institución debió pensionarlos a todos sin demandas, debió hacerles seguimiento a ellos y a*

*sus familias, pero no lo hicieron. A mí me tocó enviar una carta a la policía de Cali pidiendo junta médica para sacar la pensión de Pablo. La negaron, me tocó apelar e irme hasta Bogotá. Allí está la fuerza aérea, CIA, Ejército y Armada nacional, un psicólogo en representación de cada uno. Todos quieren noquearlo a uno a punta de preguntas, como si fueran periodistas. Yo sentada de un lado de la mesa y los cuatro psicólogos del otro lado. Ese día apelé porque mi hijo estuvo secuestrado tres años, entregué a mi hijo completo y ahora me devolvían medio muchacho, sin ganas de vivir. Hasta que tocaron el tema puntiagudo, me preguntaron si era consciente de lo que yo hacía en los campamentos y respondí que sí, que era la única forma de traerlo de regreso. Esa reunión duró más de dos horas, también entrevistaron a Pablo, como en ese momento estaba muy sensible, lloró respondiendo. Al final me preguntaron si era consciente de que el estrés postraumático que tenía mi hijo no se iba a quitar nunca, yo respondí que sí. Ese día nos fuimos a la espera de una respuesta que llegaría en menos de un mes.*

*Veinte días después, llegó una carta que decía que Pablo tenía incapacidad del cien por ciento y que estaba pensionado. Sin embargo, la pensión que le dieron era muy bajita. Él ya no podía trabajar más y ese era su único*

*ingreso, pero no era suficiente para tener su propia vivienda. Todo fue disparate, yo no entiendo por qué. Al ejército les dieron vivienda, pero a los policías no. Lo único que les dieron fue un bono de treinta y cinco millones para comprar vivienda en una zona que no fuera roja, ni peligrosa. Ese bono tenía vigencia de un año y si no se utilizaba, lo perdíamos. Quién iba a conseguir una vivienda por ese precio, era casi imposible. El destino de cada uno fue muy distinto, pero yo creo que con más atención y apoyo por parte de la institución las cosas habrían sido más equitativas. Yo me entero de casi todo por llamadas, al principio casi todos fueron a vivir con las novias o las abuelas, pero esas relaciones no duraron mucho. Ahora todavía algunos muchachos me llaman a saludarme y me cuentan que ya tienen su casita, otros me llaman y hablan de sus vidas y de otros compañeros. Así me he enterado que de la toma de Miraflores hay cinco muchachos reciclando en Bogotá y otros dos en el Cartucho, no me parece justo. Claro, había gente a la que le gustaba las drogas, pero con un acompañamiento cercano eso pudo evitarse. A otros los mataron y otros fallecieron.*

*Hoy en día, Pablo es una persona muy madura y realista. No guarda paños de agua fría, es un papá muy estricto, pero compasivo. A veces nos sentamos y nos reímos de*

*algunas cosas que vivimos, él me cuenta cómo se escondían a veces de los guerrilleros y los ponían a buscarlos. Yo creo que eso fue lo que los ayudó, todos eran muy jóvenes, la mayoría tenía menos de veinte años. Mi hijo merecía otra suerte, él merecía otra calidad de vida, pero agradezco que está vivo, otras familias no tuvieron la misma suerte. La vida nos cambió a todos, Luis no aguantó todos esos años de ir y venir y terminamos separados, pero hoy en día volvimos a ser muy cercanos.*



## Capítulo doce: Los años en el limbo

Durante las dos primeras semanas, los compañeros que salimos nos llamábamos seguido, todos estábamos pasando por lo mismo. Ninguno podía conciliar el sueño y varios habíamos decidido dormir en el suelo. No podíamos esperar para empezar a trabajar de nuevo, pues la rutina en casa era insoportable. Por fortuna para mí, la segunda liberación llegó pronto, el 28 de junio. Mi mamá tenía que ir a Bogotá a recibir al segundo combo, esta vez saldrían todos los soldados y patrulleros, pero se quedaban los oficiales y suboficiales. A mí me pareció irónico, se supone que en la guerrilla no existen jerarquías ni creen en ellas. Sin embargo, actos como este demuestran que no es así. Se quedaban con los altos mandos porque con ellos podían seguir ejerciendo presión. Para mí fue un alivio salir de casa e ir a buscar a los otros compañeros, esta vez los liberarían en la Macarena-Meta, pero mi mamá y yo les esperaríamos en Bogotá. Todo volvió a repetirse de la misma forma, los liberados llegaron a Bogotá y se que-

daron en el club de agentes para realizarse los chequeos y los exámenes médicos. Sin embargo, el tratamiento de la institución a los muchachos durante el período de readaptación fue aún más irresponsable que el que tuvimos nosotros. Durante esa semana, el bus llegaba y ellos estaban borrachos. De parte del grupo interdisciplinario no hubo control, ni cuidado. Aunque el secuestro duró tres años, ese tiempo nos hizo mucho daño. Había cosas cotidianas que todos desconocíamos, el valor de un pasaje o de un salario mínimo y ese período debió ser una introducción a la vida, pero no lo fue. Luego, al igual que a nosotros, a ellos también los enviaron a sus ciudades.

Al regresar a Cali, tuve que volver al centro médico de la Policía porque tenía agendada una cita con el médico encargado de valorarme. Resulta que cuando uno entra a la institución, al principio le hacen unos exámenes que muestran cómo entra uno en términos de salud y bienestar. Al salir, deben hacerle los mismos exámenes y el puntaje debe ser el mismo. De no ser así, la institución tiene el deber de indemnizar al individuo e incluso, pensionarlo. Esto depende del puntaje obtenido. El médico que me atendió tenía una tabla con diferentes indicadores que le ayudaban a puntuar las heridas, síntomas y dolores que tenía, la suma de esos puntos dictaría si la institución debía indemnizarme o si debía pensionarme. Durante la consulta, me hice el loco escuchando atentamente los puntos que anotaba el hombre en su tabla. Cuando me revisó el oído y dijo que no me encontró nada, le pedí que me revisara de nuevo. Sin embargo, nuevamente, no encontró nada. Para ese momento, yo ya había pasado por muchos exámenes y sabía que tenía una perforación timpánica y, además, escuchaba menos por ese oído,

era imposible que no tuviera nada. Al decirle, el médico volvió a revisarme. Esta vez se disculpó y dijo no haberse dado cuenta debido a que era muy pequeña. A mí me parecía que su trabajo consistía en no darse cuenta. A partir de ahí supe que todo se nos venía cuesta arriba, según el médico, apenas había perdido veinticinco decibelios de audición en el oído derecho y la indemnización la pagaban a partir de cincuenta, así que la pérdida de audición no me la pagaron. Tampoco el tiro que recibí en la pierna ni los puntos de visión que perdí por la oscuridad de la selva. Aunque yo quiera a la Policía como institución, lo cierto es que los trabajadores no hacen su labor como debe ser. Depende mucho de quién es la persona que atienden, el trato no es el mismo para un comandante que para un patrullero, pues el coronel puede pedir una junta médica laboral sino está de acuerdo con el resultado.

El apoyo psicológico también fue un problema. Se suponía que se haría en la ciudad de cada uno y debían enviar reportes a Bogotá sobre nuestro proceso. Sin embargo, con el tiempo empezaron a enviar informes fantasmas. El psicólogo que nos asignaron nos tiraba duro, decía que debíamos odiar a la Policía. Sin embargo, como he explicado antes, nosotros sabíamos que existía una diferencia entre la institución y sus funcionarios. Recuerdo que, en Cali, durante una terapia grupal, el psicólogo decidió ponernos una película sobre el síndrome de Estocolmo. Según él, como nosotros no odiábamos a la guerrilla, estábamos enamorados de ella. No era cierta ninguna de las dos, pero él que no tenía experiencia decidió cuál era nuestra verdad. Como resultado, después del día de la película, ninguno volvió. Tampoco nos pre-

sentaron disculpas ni se nos asignó un nuevo psicólogo. Ni a nosotros, ni a nuestras familias, que también necesitaban apoyo. Sin embargo, tiempo después nos enteramos de que siguieron enviando informes a Bogotá sobre las terapias fantasmas y, asimismo, cobraban el sueldo por un servicio que no prestaban.

Un psiquiatra que también formaba parte del equipo de readaptación nos recetó Prozac para tratar el insomnio, los síntomas depresivos y los malestares que nos quedaron. Sin embargo, el Prozac era un antidepresivo que utilizaron para tratar a ex soldados de Vietnam. En Estados Unidos hay documentación de pacientes de este medicamento que a pesar de ello cometieron masacres y asesinatos, por eso en ese momento ya no se recomendaba su uso. Yo me di cuenta porque me gustaba leer sobre los medicamentos y los tratamientos que me enviaban, así que pronto me recetó un nuevo medicamento y me volví paciente de Fluoxetina. El psiquiatra dijo que tenía pensamientos de un sociópata porque tenía ganas de matar, pero no de suicidarme. En las noches me despertaban pesadillas en las que revivía el combate y practicaba diferentes estrategias, todo aquello que no habíamos podido hacer, pero siempre perdíamos. Al relatarle al psiquiatra que yo creía que las pesadillas se comparaban por un sentimiento de impotencia, me contestó que sufría de un terrible aburrimiento y afirmó que por eso mi mente no se detenía. Sin embargo, en la tabla que dictaba el puntaje que tenía para reclamar mi indemnización escribió que tenía cuatro de ocho puntos correspondientes a una neurosis depresiva. Eventualmente renuncié a las pastas, pues todas producían mucho sueño y sentía que vivía detrás de un velo, como un zombie.

Todavía tengo estrés postraumático, insomnio y sobresaltos. Aunque ahora no puedo recordar lo que sueño, sé que está relacionado con el combate, pues doy golpes al aire mientras duermo.

Permanecimos comunicados para saber si a alguno lo había contactado la institución, pero con el tiempo las llamadas disminuyeron. En su lugar, decidimos volver a Bogotá. En ese tiempo, el comandante de la policía era Gilliver, él nos cerró las puertas, dijo que después del secuestro no podíamos volver. Ahí fue cuando el mundo se nos vino abajo y nos dimos cuenta de que todo el apoyo anunciado, sólo habían sido palabras frente a los medios de comunicación. Fue un golpe bajo, pues al principio nos habían hecho sentir parte de una familia y en ese momento nuestra familia nos dio la espalda.

Empecé a buscar trabajo, pero era muy difícil encontrar algo. A mí me reconocían de inmediato como el ex secuestrado hijo de Luz Amparo, la mujer que había encabezado las negociaciones con las FARC. Y quienes no me reconocían, rápidamente se daban cuenta de que había algo mal cuando notaban el hueco de cuatro años en mi hoja de vida. Las reacciones y los comentarios que recibía después se reducían casi siempre a una frase: estar secuestrado debió ser muy duro, ¿no? Luego teníamos una conversación corta en la que esa persona indagaba por detalles del secuestro y en la que yo sabía que ya había sido descartado. A pesar de todo, recibía la respuesta que muchos otros conocen, el típico no nos llames, nosotros te llamamos. Así continuó todo hasta el día en que tuvimos una reunión con Naranjo. Él nos prohibió decir que habíamos sido secuestrados y nos pidió in-

ventar algo que llenara el vacío de esos años. Los demás lo hicieron, pero para mí fue imposible por el papel que jugó mi mamá en los diálogos. A pesar de todo, meses después encontré en qué ocuparme: vendía celulares. Como no me pagaban, no puedo llamarle trabajo, pero me entretenía. Ese tiempo viví del sueldo que nos dieron y de los ahorros que tenía. Mientras tanto, continuaba el largo camino médico y jurídico que me vi obligado a asumir. Cuando nos dijeron que ya no hacíamos parte de la policía, nos desafiliaron también del servicio de salud. Nos tocó entutelar y hacernos expertos en una cantidad de procesos jurídicos que no vimos venir. Nunca entendí por qué recibimos ese trato, si la ley estaba escrita, debía cumplirse, pero nos ponían trabas para todo. Tuve que hacerme cinco cirugías: una cirugía para reconstruirme parte del oído, una cirugía maxilofacial, una rinoplastia e incluso, me sacaron una costilla. Todo ese proceso duró dos años y lo hice por sanidad, pero con tutelas de por medio y en mucho más tiempo del que pudo haber sido. Sin embargo, con la timpanoplastia no se recupera la audición, el daño hecho en el oído es irreversible. Si vas a nadar, no puedes sumergirte y mucho menos bucear.

Después de un año, decidí buscar un abogado administrativo que residiera en Cali, pero era difícil. La mayoría se encontraban en el centro administrativo, es decir, en Bogotá. Debido a las irregularidades que se habían presentado, empezaron a caer abogados y ofertas de representación por todos lados. Sin embargo, en el fondo sabíamos que sus ofrecimientos eran mentira, pues las demandas de tres mil millones no existían en ese tiempo. Los casos grandes se convirtieron en casos pequeños, pues todos veníamos de diferentes ciudades y las demandas

debían interponerse en las ciudades de residencia, pues allí era donde se prestaba el servicio médico.

Unos meses después de mi última cirugía, nos contactaron desde Bogotá para reintegrarnos a la institución. Para todos fue una noticia inesperada, pues ya habían pasado dos años desde el secuestro. Para entonces, tenía veinticinco años y no había conseguido ningún trabajo estable debido a las cirugías. Siempre quise regresar, ser policía siempre fue mi sueño, así que junto a otros compañeros viajamos como ovejitas a Bogotá. Al llegar al club de agentes, a cada uno le abrieron un nuevo folio para evaluar si éramos aptos para entrar. Nuevamente nos hicieron los exámenes de ingreso, pero empezaron a aparecer enfermedades que no teníamos. En mi caso, me dijeron que tenía las rodillas torcidas y por eso no podían proceder con el reintegro, aunque me declararon "apto". Lo irónico es que, aun siendo aptos, no podíamos ser reintegrados. Sin embargo, tampoco nos declararon "No aptos", pues en ese caso debían pensionarnos. Al salir de la oficina nos dimos cuenta de que todos teníamos el mismo resultado confuso y también enfermedades que no teníamos antes, pues el reciente diagnóstico no coincidía con el que nos habían hecho hacía apenas dos años al salir del secuestro. Así que unos días después, volvimos a reclamar el folio de vida para hablar con un mayor, pero nos encontramos con que ya no aparecía el folio de ninguno. Los desaparecieron, ni siquiera teníamos historial. Esos fueron los años del limbo, hasta ese momento nos ayudaron lo suficiente, pero no pusieron nunca los procedimientos ni las recetas médicas en la historia clínica, pues no existía. El día de la junta médica laboral en la que denunciemos la situación, no había pruebas, pues

no teníamos antecedentes. Esa supuesta llamada para el reintegro fue la manera de “legalizar” lo que habían hecho hasta entonces.

Justo por esos días, apareció un abogado de Popayán que sabía del tema y estaba dispuesto a interponer la demanda. Nosotros teníamos dos años para demandar antes de que se vencieran los términos, así que aceptamos su apoyo. Sin embargo, el abogado tenía muy poca experiencia y lanzó la demanda muy bajita. Hacían falta muchos papeles, pero lo importante en ese momento era interponerla antes de que se vencieran los términos y por fortuna esta alcanzó a entrar. Como los documentos que hacían falta debían entregarse en menos de seis meses, el abogado se contactó con otra abogada, Claudia, para terminar a tiempo. Con Claudia estuvimos trabajando de la mano por un largo período, pues yo me encargaba de contactar a mis compañeros. Las demandas iban desde negligencia de la institución hasta brazos caídos. Por supuesto, también demandamos el descuento de alimentación que le hicieron a nuestros salarios. Diez años después, en 2014, salió la plata. Sin embargo, como el monto no se podía cambiar, ganamos muy poquito. Ni siquiera el 1% de lo que pidió Ingrid Betancourt cuando salió del secuestro.

Claudia se convirtió en una amiga muy cercana, en 2010 me ayudó a sacar la pensión con una demanda de daños y perjuicios a la institución. También me regaló los estatutos que necesité para crear una fundación, “Fundación Unidos en libertad”. Con ella buscaba unirnos entre los compañeros de la policía que estuvimos secuestrados, tal como sucedía con “Cadenas de libertad”, una

fundación que unía soldados ex secuestrados. En ese tiempo había muchas ONG extranjeras que apoyaban fundaciones en Colombia. No se logró nada. Convocaba a reuniones y me encargaba de tener un sitio para reunirnos, pero después de tantos años las personas parecían haber perdido el interés. Se sentía como un trabajo de una sola persona, cuando debió ser un trabajo con responsabilidades compartidas. Sin embargo, no considero que sea un tiempo perdido, pues aprendí sobre el tema, normas y estatutos de la policía, lo que me mantuvo ocupado. Incluso, Claudia me sugirió estudiar Derecho porque veía que se me facilitaban las cosas, pero a mí no me interesó nunca el tema más allá de lo personal.

Lo que sí intenté en el 2001, el año en que salí, fue empezar a estudiar Ingeniería de Sistemas en la Univalle. La universidad tenía como requisito el ICFCES y yo no lo tenía, así que tuve que presentarlo. Me fue bien y realicé el examen, pero me quedé por álgebra y hasta allí llegó mi intento. No volví a presentarme, siempre me gustaron los computadores y la tecnología, pero en ese momento fue otro estrellón. En su lugar, me metí a estudiar un curso que se llamaba "Internet", era una introducción a la nueva ola tecnológica. Hoy en día parecen cosas básicas, pero en ese momento hasta ahora empezaban a surgir, así que nos enseñaban a entrar a una página web, a crear un correo electrónico y a buscar cosas en Yahoo.

Una de las cosas que me ayudaron a sobrellevar ese período de demandas fue el tratamiento que recibí por parte de una psicóloga de Fondo Libertad, una institución que pertenece al Ministerio de Defensa, pero no está vinculada con la Policía ni a otra institución gubernamental.

Estuve en terapia durante seis años con ella, hasta que un día me dio de alta y me dijo que ya no necesitaba asistir a consultas periódicas, pero que podía buscarla si algún día la necesitaba. Las casas de reposo, contrario a lo que las personas creen, también son muy buenas para uno. Lo sé porque he estado allí y de poder hacerlo, pagaría pieza. Allá uno se aísla del mundo y también de lo virtual, pues no está permitido usar el teléfono. Uno se pone al día con el sueño gracias a los medicamentos que le dan y se normaliza el horario biológico. Sin embargo, al salir con el tiempo vuelven las pesadillas y los malestares. En especial cuando la vida es tan injusta. Muchos de nosotros no tenemos vivienda, ni subsidios, sólo dolencias. Lo poco que tenemos, lo logramos peleando y gracias a muchos años en el limbo.



*Luz Amparo y Pablo en Cartagena.*



## XII

*Pablo conoció a su pareja varios años después del secuestro, Ana María era la profesora de su hija. Es una persona que ha estado para Pablo y que cuando lo conoció, no sabía mucho de lo que había pasado, pues no le gusta ver noticias tristes ni violentas. Fue hasta que Pablo le confesó que le incomodaba sentir los carros detrás de él que ella se enteró que Pablo había estado secuestrado. Desde ese momento pensó que tenía que hacer algo para ayudarlo. Un día que estábamos hablando me contó que le gusta escucharlo hablar del pasado porque sabe que para él es una forma de desahogarse y soltar lo que le pesa.*

*Ella es muy paciente, estuvieron separados un tiempo, pero siempre ha mantenido el apoyo que le brinda. Pablo a*

veces se pone irritable, no quiere salir con nadie y se encierra en su cuarto. Algunos días incluso no come y llora sin razón aparente. Su estado de ánimo cambia muy fácilmente, pero todo esto se debe al estrés postraumático, es difícil para él recordar los amigos que murieron o se suicidaron. Todavía tiene miedo de que vuelvan a encerrarlo y siente que después del secuestro las cosas no han salido bien. No le gusta celebrar su cumpleaños, ni navidad, pero aun así Ana María le envía regalos y está ahí para apoyarlo. Antes iban mucho a acampar, pero dejaron de hacerlo desde que volvieron a aumentar los asesinatos a policías

Yo acompaño a Pablo al psicólogo cada dos meses, pero la atención es para él, no para mí. La terapia que recibíamos las madres durante el secuestro, la cancelaron cuando los muchachos salieron. Ellos quedaron como las víctimas y nosotras como víctimas indirectas, sin derecho a salud, apoyos o ayudas. En estos años hemos aprendido que hablar es terapia. Al principio no fue así, evitábamos el tema porque no sabíamos cómo gestionarlo y hablar era muy difícil. Por eso ahora me alegra verlo tranquilo, nuestra vida es monótona, mis nietos vienen a visitarnos cada quince días. Pablo va al gimnasio todos los días porque ese es su refugio y empezó a estudiar instalación de sistemas eléctricos en el SENEA. A veces se encuentra con sus compañeros.

*Verlos es muy bonito porque siguen riéndose a pesar de los años. Me alegra verlo mejor, lo amo con todo mi corazón y daría mi vida por él. Sé que no soy una madre perfecta, pero nadie lo es, espero que sepa que puede contar conmigo a cualquier hora, pues siempre estaré para él.*



# Epílogo

Para nosotros la cosa nunca ha sido fácil, siempre hubo una piedrita entorpeciendo el camino y devolviéndonos al pasado. La situación jurídica se demora muchos años en resolverse, hay demandas, hay anomalías y cosas que no se han solucionado. Por eso, a pesar de que han pasado veinte años, uno sigue ahí anclado al pasado por más que quiera cortar la cuerda. Para mí salir de este capítulo ha sido muy difícil. Siempre vuelvo a lo mismo: me vuelven a llamar de un lado y de otro, los compañeros me piden asesorías, me preguntan a dónde tienen que ir o cómo tienen que hacer un trámite. Poco a poco me fui volviendo tan hábil en el tema que resulté siendo líder sin proponermelo.

A pesar del daño psicológico, tratamos de salir adelante, cada uno como puede. Yo soy consciente de que tengo un daño, pero hay compañeros que ni siquiera lo saben. La guerra ha tocado a tantas personas que hay casos de casos. Alguna vez la viuda de un diputado que

fue asesinado me preguntó si nunca podré superarlo. Después de eso, como poniéndose de ejemplo, me dijo que tras el asesinato de su marido, ella se casó de nuevo e hizo una nueva vida. Dejó por fuera que su familia era adinerada y que tal vez ella no tuvo que sortear con todas las vicisitudes que vinieron después de mi secuestro. Por eso digo que hay casos de casos y que cada uno intenta salir adelante como puede.

Los combates y todo lo que tuve que vivir nunca fueron tan imponentes como el reto y el temor de la paternidad. En el 2009 nació mi hija, la noticia de su espera me cayó como un baldado de agua fría. En ese momento la situación económica era compleja y yo nunca había proyectado ser papá en mis planes de vida. Acompañé a su madre a lo largo de todo el embarazo: en las citas, las ecografías y los ejercicios... Cuando la niña llegó al mundo fui el primero en recibirla, fue mi voz el primer sonido en arrullarla. Su madre y yo pasamos noches pensando su nombre para finalmente decidirnos por Isabella. Isabella fue creciendo mientras yo seguía volteando con los trámites de la pensión. Y, como la vida es cómica, en Bogotá, en medio de los peritajes, los interrogatorios inacabables de la policía y la junta del tribunal médico, Isabella dijo su primera palabra: Papá. Al final se dan cosas bonitas en medio de situaciones desgastantes y malucas.

En 2010 nació mi hijo. En la familia teníamos un legado de Pablos, mi abuelo era Pedro Pablo, mi papá Pablo Alberto y yo, otro Pablo, por eso su mamá le puso Juan Felipe. Ya era hora de acabar con tantos Pablos. La experiencia con él fue diferente, fue más difícil mantenernos en contacto. Sin embargo, no dejó de ser una expe-

riencia muy bella. Apesar de que no estábamos unidos todo el tiempo, poco a poco en él se desarrollaron rasgos físicos y personales muy cercanos a los míos.

Ser padre es una etapa de aprendizaje y sacrificio. En medio de los errores uno va creciendo y mejorando, uno pasa a otro plano, en donde lo más importante son los hijos. Atrás queda el egoísmo de pensar en uno solo y se empieza a pensar siempre en alguien más. A pesar de que mis hijos son medio hermanos, trato de que pasen tiempo juntos, hago planes para que vayamos a pescar, a acampar y a hacer ejercicio. Incluso hemos ido al gimnasio juntos. Por ellos sería capaz de todo, han sido un gran motivo para seguir adelante, por eso, si tuviera que decir que este es un final, diría que no es un final feliz, pero tampoco es un final triste.



*Pablo y sus hijos: Isabella y Juan Felipe.*



Esta obra ha sido publicada  
por el proyecto Memoria y Reparación.  
Los trabajos de la primera edición fueron  
terminados en noviembre de 2025 en los  
talleres de Imagen Editorial S.A.S.  
Bogotá, D.C., Colombia

*“Soñé que unos pedazos de carne colgaban solitarios en el monte, como cuando matan a una res entera”, recuerda Gloria, la prima de Pablo.*

*Aquella pesadilla anunciaba la tragedia tres noches antes del secuestro...*

Un anhelo de libertad es la escritura de las memorias y el testimonio de Pablo Romero sobre su vida antes, durante y después de su secuestro, pero también es la historia de su madre, Luz Amparo; su prima, Gloria; su hermano, Jean Paul; sus amigos, sus compañeros y las personas a las que la guerra ha tocado de diversas formas. A través de la polifonía de voces narrativas y otros recursos como el diario y los sueños, este libro explora desde la perspectiva de Pablo y su familia causas y consecuencias de la violencia que vive Colombia hace más de cincuenta años.